



Lo que
nos deja la
Tormenta

Helen Rytkönen

LO QUE NOS DIJO LA TORMENTA

Helen Rytönen

Marzo, 2020. Todos los derechos reservados.

Safe Creative: 2003073253555

Los hechos y/o personajes de este libro son ficticios.

Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Portada: Dayah Araujo.

«Te quiero, pero me quiero más a mí»
Samantha Jones, *Sex in the city*

ÍNDICE

PRIMERA PARTE: «EL RAYO»
SEGUNDA PARTE: «EL VIENTO»
TERCERA PARTE: «LA LLUVIA»
AGRADECIMIENTOS
SOBRE LA AUTORA

PRIMERA PARTE:

«EL RAYO»

La lluvia había comenzado su repiquetear justo al entrar en la sala de reuniones, manchando de grandes gotas la pulcritud del edificio de cristal. Al principio se escuchaba de lejos, como un murmullo amable, pero poco a poco empezó a cobrar protagonismo a través de una tromba de agua que oscureció la diáfana sala. Nuestro anfitrión, el director comercial de la empresa que visitábamos, se levantó a encender la luz, y Nerea y yo compartimos una mirada de preocupación ante el espectáculo que la naturaleza se había empeñado en ofrecernos. Teníamos el vuelo de vuelta a las seis, pero aquella lluvia, a la que se estaban sumando intensas ráfagas de viento, no presagiaba nada bueno.

Así fue. A trancas y a barrancas llegamos al aeropuerto para constatar que efectivamente se estaban cancelando todos los vuelos, ya que la previsión meteorológica daba un empeoramiento aún mayor del tiempo en las próximas horas. Tendríamos que quedarnos en Málaga hasta el día siguiente, y eso con suerte. Se venía una borrasca fuerte, y todo se paraba a la espera de que pasase sin demasiados destrozos. Suspirando hice un par de llamadas, una de ellas a la agencia de viajes que contrataba mi empresa. Con relativa rapidez nos consiguieron un hotel para esa noche, y Amanda, nuestro contacto comercial en la misma, nos prometió mantenernos al tanto de todo.

Nos separamos en dos taxis, porque no habían podido hospedarnos en el mismo hotel, hecho que no lamenté demasiado. Pasar lo que quedaba de tarde y noche con Nerea significaría hablar de trabajo la mayor parte del tiempo, y era algo que no me apetecía nada. En el trabajo me implicaba lo justo para que las cosas saliesen bien, y punto. No tenía ni las ganas ni la energía para estar metida en los corrillos de cotilleo de la empresa, o buscando formas de sobresalir frente a mis jefes. Yo ya tenía una reputación: era efectiva, fiable y sólida. De esas de la vieja guardia. Y por ahora parecía que todavía necesitaban un perfil como el mío.

El viaje al hotel tardó una eternidad, o al menos eso me pareció a mí. La incesante lluvia, las rachas de viento, los otros coches bamboleantes que parecían que iban a chocarse con el nuestro, la radio con continuas interferencias como fantasmagóricas psicofonías, y el taxista huraño que solo emitía gruñidos cuando esquivaba una rama de árbol en la carretera, tenían mis nervios a flor de piel y solo pedía a los hados que me dejaran llegar sana y salva a mi destino.

Respiré mejor al ver que llegábamos a la ciudad, que rápidamente se vaciaba de gente y coches. Vaya, la empresa se ha estirado hoy, pensé en cuanto vislumbré las luces de mi hotel. Estaba en pleno centro, cerca de la calle Larios y de la catedral, pero en una encantadora calle secundaria que ahora mismo era un río de varios centímetros de alto y que amenazaba con seguir subiendo. Me bajé rápidamente del taxi, con la intención de entrar cuanto antes en la recepción, pero eso no impidió que me empapase la chaqueta y los tacones. Con mi trolley de trabajo en los brazos me lancé hacia la puerta giratoria y con alivio entré en el mundo seco y cálido de la recepción del hotel. No era la única; con aquel tiempo estaba claro que los hoteles de Málaga iban a tener una buena noche con todos los que nos habíamos quedado atrapados allí por trabajo.

Hice el *check in* mientras repasaba mentalmente mis útiles de emergencia que llevaba en el

trolley. Siempre que viajaba, llevaba ropa interior, una muda de ropa cómoda, cepillo de dientes y unas muestras de cremas faciales. Y como normalmente los zapatos de tacón me mataban los pies, para viajar me ponía mis deportivas que luego me quitaba en el taxi antes de entrar en la reunión. Con eso podría sobrevivir hasta el día siguiente, sobre todo teniendo en cuenta que salir a la calle a comprar cualquier cosa no era un plan viable. Con todo aquello en la mente y con el gesto mecánico de coger la tarjeta magnética, me di la vuelta sin darme cuenta de que me iba a tropezar con la persona que me seguía en la cola, y que incomprensiblemente estaba casi pegada a mí.

—Aura —dijo una voz mientras levantaba la vista, irritada. Y el calor de su mano en mi brazo, sujetándome para evitar mi caída, no mitigó el impacto que recibió mi cuerpo al encontrarme con su cara. La de mi ex marido, la de la persona que juré borrar de mi memoria a base de golpes de pelvis de otros hombres, la que me hizo vivir en colores para luego apagar la luz, y al que no había visto en persona en diez largos años. Me zafé de su contacto como si me hubiera dado corriente, y algo parecido debió sentir él también porque reculó inconscientemente.

—Oliver —solo el pronunciar su nombre removió algo en mi interior. Y la curiosidad hizo que levantase la vista, solo para constatar que él también me estaba mirando. Creí ver dolor en sus ojos, fue un destello intenso pero que luego mutó a cálida amabilidad. Solo me dio tiempo a un fugaz reconocimiento antes de que el hombre que le seguía en la cola nos preguntase si íbamos a avanzar o no. Oliver se disculpó y se inclinó hacia el mostrador, mientras yo me quedaba quieta, sin aliento, intentando recomponerme. Miré su espalda, que seguía siendo ancha, y noté algo nuevo en su postura. Más calma, elegancia, seguridad. Y eso hizo que mis pies tomasen el camino del ascensor, donde me quedé observándole hasta que se cerraron las puertas. Me apoyé en la pared, exhausta, con flashes ante mis ojos. Su rostro moreno, la barba de varios días, sus ojos verdosos con ribetes dorados, el pelo más largo, despeinado, como estaba de moda, con alguna cana suelta pero aún oscuro... todo eso ya lo había visto antes, gracias al horrible programa de fútbol donde trabajaba, y que a Cristo le encantaba ver por las noches. No, eso no era lo que me había consternado. Era su mirada, esa forma que tenía de mirarme solo a mí, esa de antes. ¿Cómo era posible que aún me acordase de eso? ¿Que reconociese esa mirada como mía? Y luego estaba el hecho de cómo mi cuerpo se había revolucionado solo con su presencia. Todo en diez segundos, como una estúpida quinceañera. Cerré los ojos y me dije que lo mejor había sido huir. Llevaba muchos años siendo precavida y cautelosa, y en esto tenía que serlo doblemente.

Entré a mi habitación, una preciosa estancia del tipo que no estaba acostumbrada en viajes de trabajo. Le escribí a Nerea para avisarla que había llegado sana y salva, y otro mensaje idéntico a Cristo. Vi que no lo leía y al mirar la hora supuse que estaría en alguna de sus miles de actividades medioambientales. O contra el hambre. O contra cualquier cosa que estuviese mal en el mundo. Ojalá alguna vez hubiese puesto ese empeño en... Sacudí la cabeza, no era momento para ponerme a pensar en tonterías. La vida era así, y en general era buena. Tranquila, calmada, sin sobresaltos. Sin sal, pensé, y volví a enfadarme conmigo misma. Jodido Oliver, solo con verle me revolucionaba. Cerré los ojos con fuerza, como queriendo borrar de mi mente el hecho de que lo tenía más cerca de mí que nunca antes en los últimos diez años.

Resoplando abrí el trolley, dispuesta a colocar mis escuetas pertenencias, pero una llamada al teléfono fijo de la habitación me distrajo. Lo cogí con una mano, pensando que sería recepción, pero me tuve que sentar cuando escuché una voz demasiado conocida al otro lado:

—¿Creías que no iba a conseguir el número de tu habitación?

—¿A quién sobornaste? —le pregunté escondiendo una sonrisa, y escuché cómo chasqueó la lengua:

—Fue más fácil que eso. Pero no intentes distraerme. ¿A qué vino esa desaparición? Pensé que

tendrías un momento para hablar con un viejo amigo.

Puse los ojos en blanco. Amigo, sí, claro. Pero no tragué el anzuelo, siempre le gustó provocarme.

—Quería cambiarme los zapatos, me estaban matando.

—No me extraña, podrías asesinar a alguien con semejante tacón. ¿Ya te los quitaste? Porque si es así, podrías bajar y tomarte algo conmigo en el bar. Por los viejos tiempos.

Me quedé callada. Curiosamente, él también. El Oliver que conocí habría llenado ese momento con frases divertidas, de relleno. Le horrorizaban los silencios, no los gestionaba nada bien. Pero esta nueva versión de aquel chico de veintiocho años, el modelo evolucionado, parecía no tenerles miedo.

—No sé...

—¿Qué otro plan mejor tienes para esta noche? Una noche de manta y *Netflix* la puedes tener en tu casa, pero una noche extraña con un misterioso desconocido en una ciudad bajo la tormenta, no.

Tuve que reírme:

—¿Esa es tu propuesta, una noche extraña? Solo por curiosidad, voy a tener que pensármelo.

Como si alguna vez hubiese tenido la opción de negarme. Colgué mientras reconocía que por mucho que me dijese que iba a ser una noche amable de ponernos al día sobre nuestras vidas y luego despedirnos con un cortés beso, mi experiencia con Oliver era que nunca nada era lo que esperaba y que cualquier cosa podía pasar. Y por alguna extraña razón, esa noche era lo que me apetecía. Si ya el estar en Málaga era algo inesperado, pues hagamos el pack completo, Aura Díaz, me dije.

Me miré al espejo y me encogí los hombros. No tenía más recursos, así que tendría que dejarme puesto el vestido verde oscuro con el que había ido a la reunión, pero con las deportivas, ya mis pies habían sufrido suficientemente ese día, y además los tacones estaban empaados. Dejé caer mi pelo oscuro hacia la espalda y la luz cálida de la habitación sacó un destello dorado a mis clavículas y al comienzo de mi pecho, encuadrados en un elegante escote corazón cuyos ribetes se extendían a las mangas cortas abullonadas. Me cepillé un poco el pelo, me retoqué las suaves líneas oscuras de los ojos y repasé el color rojo intenso de mis labios. Me acerqué al espejo, viéndome por primera vez en mucho tiempo. ¿Qué vería él?

Podría contarle que el comienzo de aquella línea de expresión en el ceño, que ya formaba parte de mí, se forjó tras nuestros tres años de matrimonio. Que las finas líneas de expresión a los lados de los ojos se habían profundizado con las noches que había llorado por nuestra familia. Que la luminosidad de mi rostro se debía a mi vida tranquila, sin sobresaltos, con un hombre que siempre estaba en casa cuando yo llegaba. Que esa incipiente curva a un lado de mi boca era fruto de la sonrisa que todo el mundo me veía todos los días, como mi gesto habitual, y que solo se me borraba por la noche, en la oscuridad, cuando la dejaba caer y era yo de verdad.

Cogí la rebeca y antes de irme volví a mirarme. No parecía yo. O sí. Pero no esa «yo» de los últimos años. Parecía la que fui cuando tenía veinticinco años y estaba llena de fulgor, luz, brillo. Todo aquello que encandiló a Oliver, que dejó ir sin remordimientos y que volvía a surgir solo con su maldita presencia.

Me estaba esperando en el hall, con las manos en los bolsillos y observando su alrededor. Era extraño notar que era el único que no estaba mirando su móvil. Se le veía tranquilo y a gusto consigo mismo, aunque esa apariencia de serenidad se tambaleó un instante al verme. Quizá fuese imperceptible para el resto del mundo, pero yo lo había notado. Era la ventaja de conocerle tan bien, sus matices, sus luces y sus sombras.

Mientras me acercaba vi que se había cambiado: llevaba un vaquero azul oscuro, una camisa

blanca perfecta y un suéter color arena. Como si pudiera estar más atractivo, pensé y sofoqué cualquier atisbo de excitación. Le sonreí mientras me acercaba, y de pronto pareció como si nos hubiésemos visto el día anterior. Algo encajó y sentí que volvíamos a ser nosotros, aun sin haber pronunciado una palabra.

—Estás preciosa, como siempre. —Hizo que sonriese. Siempre sabía qué decir.

—Puedes ahorrártelo. Como ves, me he dejado el glamour en casa. Ya sabes, vuelos que se cancelan y esas cosas...

—Benditas casualidades. —Noté que no podía despegar su mirada de mí y que hacía un verdadero esfuerzo para seguir con la conversación— ¿Te apetece una copa?

Eran las seis de la tarde, aunque afuera todo estuviese muy oscuro. Era una hora igual de buena que otra para tomarme una copa, pensé, y asentí.

—Ven, te voy a llevar a un lugar que me encanta.

—¿Vamos a salir? —pregunté, sin demasiadas ganas. La tormenta estaba dejando mucha agua y de lejos se empezaban a escuchar truenos. Sonrió y me pasó la mano por detrás, guiándome por la cintura.

—No te preocupes, no vamos a salir de aquí. No sé si has estado en este hotel, pero tiene un bar subterráneo con un encanto brutal.

—No he estado, pero veo que tú lo conoces bien —le dije, mientras bajábamos unas escaleras laterales. Sonrió y se encogió de hombros:

—Son unos cuantos años viniendo por aquí.

—Pensé que en Málaga te quedarías en casa de algún conocido, ¿o ya no queda nadie de... antes?

Me mordí la lengua, no hubiese querido ser la primera en empezar a hablar del pasado. Pero vi que no tuvo ningún efecto en él, ya que me contó que la familia que le quedaba allí hacía tiempo que se había mudado hacia otros lugares de la península, y que quien quedaba era su tía abuela Carmita, que como bien recordaba, no era una compañía demasiado estimulante. No me habló nada de los amigos, de la pandilla, y yo tampoco le pregunté.

Bajamos dos plantas por unas escaleras antiguas y finalmente llegamos a una puerta de madera, forrada en tela ocre. Oliver sacó una tarjeta y la puerta se abrió, con lo que me confirmó que aquello era para clientes VIP, ya que a mí en ningún momento me habían explicado nada sobre aquel bar en el subsuelo.

Una suave música de jazz ambientaba el local, más bien oscuro, con una barra llena de todas las botellas inimaginables, y con un camarero con tirantes y pajarita que se afanaba a hacer cócteles con indudable maestría. Las butacas y sillones eran de cuero, de colores cálidos y siempre rodeando a mesitas con una lámpara o una vela, con lo que el bar se veía como un océano de círculos luminosos entre los cuales paseaban camareros que parecían sacados de una película. Unas paredes estaban recubiertas de cristales, otras de madera, y ya a esa hora había gente, por lo que un agradable murmullo de voces nos recibió mientras nos sentábamos en un rincón apartado.

El camarero apuntó nuestras bebidas —una cerveza para él, un Martini para mí—, y cuando se fue nos quedamos en silencio. La música sonaba con su cadencia perfecta, la sordina de las voces no era capaz de tajarla, pero nosotros nos habíamos sumido en un micro mundo en el que el silencio era ahora el protagonista. Él fue el primero en romperlo:

—Gracias por querer venir. No lo tenía muy claro, la verdad.

—Pues no se te notaba nada... Te vi muy seguro de ti mismo.

Reprimí una sonrisa y jugueteé con el vaso que me habían puesto delante. Decidí sincerarme:

—Yo tampoco tengo muy claro por qué estoy aquí. No nos hemos visto en diez años, y ahora

¡zas!, nos encontramos de repente en un lugar inventado y acabamos tomando una copa, sentados uno frente al otro como si nos hubiésemos visto ayer.

—Bueno, no es un lugar inventado, es Málaga.

Su voz, un poco ronca, quiso hacerme volver a esos días donde nos conocimos, en aquel master que yo había decidido hacer en la ciudad y donde él tenía alguna asignatura en común conmigo. Quiso evocar esos días tan llenos de luz, de hormigueo, de un enamoramiento juvenil tan arrollador que se habría podido escribir un libro sobre nosotros.

—Es verdad, Málaga siempre será especial. Pero no me desvíes del tema, porque te conozco. Ahora me preguntará si había vuelto después de todo lo que pasó, y de ahí nos iremos por las ramas, y quiero hablar las cosas claras desde el principio. ¿Qué pretendes, Oliver? ¿Por qué me llamaste? ¿No habría sido más fácil dejarlo pasar? ¿Qué ganamos con estar aquí sentados?

Aunque lo dije en tono suave, vi que no le había gustado. El Oliver que yo conocía habría respondido con algo mordaz, pero el nuevo, el actual, actuaba con mayor serenidad:

—No hay ninguna intención oculta en todo esto. Jamás hubiese pensado encontrarme contigo aquí, pero ya que estamos, creo que lo más civilizado es ponernos al día y pasar un rato agradable juntos. Ha pasado mucho tiempo, creo que podemos hacerlo sin tirarnos nada a la cabeza, ¿no?

—Supongo que sí.

Y al mirarle no pude evitar buscar una pequeña cicatriz en el nacimiento de su pelo. Aquello había sido fruto de una de nuestras mayores peleas, y de las cosas que más me arrepentía con respecto a él.

—¿Te volviste a casar? —me preguntó, a bocajarro, y mientras me recomponía para hacerle la crónica descafeinada de mi vida, pensé en lo rarísimo que era que no hubiésemos sabido nada el uno del otro en todo aquel tiempo. Ni siquiera le había buscado por redes sociales, aunque era un personaje público. Había intentado ignorar su existencia durante tantos años que hasta yo misma me lo había creído.

—No estoy casada, pero sí tengo pareja desde hace bastantes años. Vivimos en La Laguna, yo trabajo allí y Cristo también, por lo que nos viene bien.

—Siempre tuviste algo especial con La Laguna. Cosa que no entiendo, porque viviendo en una isla con un clima excepcional, que prefieras vivir en uno de los lugares más fríos es casi un crimen.

—Eso es lo que dicen todos los que no son de allí —le dije riendo, y chocó su copa con la mía. Su mirada no dejaba mi rostro, parecía absorber todo cuanto veía, pero extrañamente no me molestaba. Tampoco el hecho de que su voz hubiese bajado medio tono, que era lo que hacía siempre que me hablaba. A mí, a nadie más. El tiempo no borraba las costumbres así de fácilmente.

—¿Cómo es tu pareja? ¿Cómo es tu vida con él?

Enarqué las cejas ante las preguntas, pero me vi en la tesitura de contestar. En cierta forma, tenía derecho.

—Somos bastante diferentes. Cristo es biólogo, da clases en un instituto, y es una persona que está metida siempre en mil fregados, todos de tipo medioambiental. Cuando no está limpiando una playa, está dando charlas a colectivos, u organizando batidas en el monte para prevenir incendios. Siempre le digo que se quedó en la época *hippie* de cuando estudió, y creo que en cierta forma es así. Pero es una compañía amena, feliz, positiva. Y luego está la música, que creo que es lo único que tenemos en común. Yo canto en el grupo donde él toca el bajo.

—La música sigue siendo parte importante en tu vida —dijo, afirmando. Asentí suavemente:

—Es lo único que me hace sentir realmente viva.

No dijo nada, ni yo tampoco, porque lo que le acababa de contar era demasiado íntimo, demasiado cercano a la verdad sobre mí misma. Y no quería adentrarme por esas aguas.

—¿Qué hiciste después de... bueno, de lo nuestro?

Le miré, atónita de que me hiciese esa pregunta así, con tanta ligereza. Joder, me dieron ganas de chillarle. Pues llorar, querer morirme, no salir de la cama en semanas, adelgazar diez kilos para luego recuperarlos y subir cinco más, o darme hostias mentales para poder trazar un plan de vida donde no estuviese él y que me permitiese pagar las facturas. Y de ahí aprender a vivir sin su presencia, sin nuestros planes, sin nuestras ilusiones. Coger un trabajo que hacía bien y que me daba un buen sueldo, pero sin vivirlo de lleno. Buscar aficiones que llenasen el hueco que había dejado su cuerpo en mi cama. Decidir volver a disfrutar de la naturaleza, de la vida, mientras el dolor sordo se quedaba de trasfondo. Besar a otros hombres, convencerme de que Cristo era bueno para mí. Ligero, fácil, muy previsible y sin laberintos mentales. Un buen padre, si hubiéramos podido.

Pero la Aura que era ahora puso la cara que ponía en las reuniones difíciles, la sonrisa eterna, y le contó una versión *light* de cómo había encontrado trabajo, cómo había canalizado mis energías en eso y en varias aficiones, todo tan burgués y esquemático que parecía sacado de un manual de autoayuda. Me escuchó con expresión reservada, y supe que no había creído una sola palabra de lo que le había dicho.

—¿Y no tienes...? —No fue capaz de terminar la frase, porque negué rápidamente con la cabeza. Y ahí el silencio nos engulló de nuevo, denso y áspero. Hasta que mi móvil me sacó del apuro, me levanté con una disculpa y vi que se bebía de golpe todo lo que le quedaba de cerveza.

Cristo me llamaba para contarme que en las noticias habían dicho que aquella situación se iba a prolongar más de veinticuatro horas, y que se esperaba un verdadero vendaval en la zona de la costa del Sol que también afectaría a Málaga capital.

—No te muevas de allí, amor, es mejor que esperes que pase a que intentes coger un vuelo.

—No te preocupes, no creo que salga ninguno, ningún piloto se haría responsable de volar en estas condiciones.

—Y no estés saliendo a la calle, a ver si te va a caer algo en la cabeza.

Escuchar su voz suave y apresurada a la vez que veía a Oliver en la mesa, tan guapo y tan masculino, hizo que me sintiese repentinamente mal, pero aquel fugaz remordimiento se esfumó en cuanto colgué. No iba a hacer nada malo, o al menos eso creía.

Oliver había pedido otra cerveza para él y yo le secundé. Esta vez fui yo la que le pedí que me contase, y su historia resultó mucho más entretenida que la mía. Ya la conocía de haberla leído, pero el resumen era que cuando una nueva plataforma digital americana desbancó a la líder en España y se llevó todo el fútbol de pago, también buscaron fórmulas nuevas para atraer a más consumidores. Oliver fue el primer fichaje, se convirtió en el locutor de moda de los partidos, y un poco más tarde empezó a ser habitual en los programas de debate, esos que yo llamaba los «Sálvame» del fútbol y que me parecían horrorosos.

—Hasta hoy —le escuché decir, y mi interés aumentó.

—¿Qué quieres decir?

—Que hoy hubiese sido mi última locución, el Málaga-Barcelona en La Rosaleda. Lástima que se tuviese que suspender.

Pero su sonrisa espléndida no tenía nada de compungida, y se lo dije. Se rio con suavidad y apoyó la cara en su mano.

—Se acabó esta etapa, Aura. Ya tuve bastante de toda la vorágine, de las luces, las cámaras y de lo de estar todas las semanas de viaje. Y sobre todo de la frivolidad. Quiero hacer algo que

valga la pena.

Oliver. Había olvidado cómo me desarmabas, cómo me inspirabas. En aquel hombre de casi cuarenta años vi a aquel chico de veintipocos que me hablaba con los ojos brillando de emoción, intenso y seductor, todo un encantador de serpientes. Que cuando tenía un objetivo iba a por él con toda la caballería, moviendo montañas a su camino.

—¿Y por qué este cambio? Estás en tu mejor momento profesional, ¿qué te ha pasado para dar este giro tan brusco?

Nuestros ojos se quedaron conectados más segundos de lo normal, y finalmente él meneó la cabeza con una sonrisa triste.

—Siempre me leíste mejor que nadie, Aura. Ven, te lo contaré luego.

Se levantó y yo también lo hice, por inercia.

—¿Cenamos? —me preguntó mientras me seguía hacia la puerta, y de pronto fui demasiado consciente de su cuerpo tan cerca del mío—. Yo empiezo a tener hambre.

Y así fue como nuestra siguiente parada fue en el restaurante del hotel. Afuera la tempestad seguía *in crescendo*, y de vez en cuando las luces titilaban para luego volver a la normalidad. Los truenos eran más sonoros, pero los rayos se camuflaban con las luces del hotel, que ante la proximidad de la navidad estaban más festivas que de costumbre.

La atmósfera intensa del bar se diluyó en el ritual de pedir la cena, elegir el vino y escuchar los fuera de carta. Mi estómago estaba un poco encogido, por lo que el hambre no era lo que primaba en mi pirámide de necesidades, pero me obligué a pedirme una porra antequerana y compartir con Oliver unos chipirones encebollados. Elegí un vino blanco seco de Rueda, de esos fiables, que se convirtió en mi mejor amigo durante la cena y, por lo que vi, también en el de Oliver..

A pesar de que la situación estaba mucho más distendida, llena de conversaciones generales sobre sitios donde habíamos estado, lugares donde habíamos comido y comentarios sobre nuestros trabajos, notaba que la tensión estaba latente entre los dos. Todo lo que no nos decíamos con la voz, lo decía el resto de nuestro cuerpo. Oliver me estaba desarmando, me estaba convirtiendo de nuevo en aquella chica de veintipocos años que temblaba cuando la tocaba. Nuestras miradas cada vez eran más osadas, se detenían en detalles nimios como nuestras manos, el comienzo del cuello, los gestos que hacíamos al tocarnos el pelo. Y yo intentaba recordarme que aquel hombre que tenía delante era el huracán Oliver, del cual nunca realmente me había recuperado. Tragué saliva. Ahí estaba la dolorosa verdad: nunca fui capaz de superarlo. Por mucho que lo hubiese intentado, por mucho que me hubiese mentido a mí misma. Tenerlo delante me lo confirmaba. Aquello fue como una revelación, y del sofoco me tuve que ir al baño.

Intenté respirar como me habían enseñado en las clases de yoga a las que iba con Cris, pero ni por esas. El corazón me latía desahogado mientras intentaba entender lo que me había dicho a mí misma con toda la convicción del mundo: no lo había superado. Creía que sí, que todos los esfuerzos durante los últimos años habían sido fructíferos, pero ¿cómo iba a haberlo superado si solo el verlo me llevaba a ser esa mujer que había decidido enterrar? Me lavé las manos, echándome agua por el cuello, mientras me decía a mí misma que si eso era verdad, que no lo había superado, entonces eso significaba que mi rabia también seguía intacta. El amor y el odio, tan hermanos, con tantas raíces en mí.

Cuando me acerqué hacia la mesa y me vio, supo que algo había cambiado. Fue a hablar, pero en ese momento un estruendo hizo que ambos nos tirásemos hacia un lado. Hicimos bien, porque una enorme rama había roto la cristalera al lado de la cual estábamos sentados, y por poco no nos había caído encima. Mi corazón latía desbocado, y sin pensarlo me giré hacia Oliver, quien ya estaba sobre mí. Protegiendo, abrazando, cuidando. Sé que suena un poco cinematográfico, pero

esos segundos pegada a su cuerpo hicieron más en mí que nada ocurrido en los años anteriores. Me quedé sin respiración, y mentiría si dijese que él no lo había sentido también. Las chispas eran más que evidentes, y tuve que cerrar los ojos porque no era capaz de soportar su mirada.

El momento se rompió al vernos rodeados por el personal del restaurante, quienes con toda la alarma del mundo nos sacaron de allí, llamaron a un médico a pesar de que les dijimos que no estábamos heridos, y estuvieron muy atentos mientras el equipo de mantenimiento intentaba tapar el agujero que se había llevado casi la totalidad de la ventana. El frío y la lluvia entraban sin piedad, por lo que el hotel decidió sacarnos a todos del restaurante. Nos dijeron que habilitarían el bar del hotel como improvisado lugar de cena, pero la llegada apresurada del recepcionista truncó los planes. Estaba entrando agua de la calle y estaban intentando achicar todo lo que podían, así que la planta de abajo estaba impracticable. Ante esto, nos ofrecieron subirnos la cena a nuestras habitaciones, obsequiándonos además con otra botella de vino.

Aquello me hizo sonrojarme aún más. Eso significaba que nos meteríamos en la habitación de alguno de los dos, a no ser que yo en ese momento me desmarcase y le dijese que me iba. En ese momento él se giró, mirándome pensativamente:

—Quizá estemos más cómodos en mi habitación, no le da el viento directamente, y es espaciosa. ¿Qué te parece?

—No sé...

Me vio renuente y se acercó suavemente, con esa sonrisa de niño bueno que sabía que me iba a conquistar:

—Es solo una cena, Aura, no te negarás, ¿verdad?

—Sabes perfectamente que no será solo una cena.

Le había dado, noté cómo se sobresaltaba casi imperceptiblemente. No se esperaba que fuera tan directa. Cambió el peso de un pie para otro y suspiró:

—Será lo que queramos que sea. Pero empecemos por una cena, si no te parece mal.

Asentí sin mirarle demasiado. No sé por qué me estaba poniendo tan nerviosa, conirme de su habitación tenía. Éramos adultos, no estaba obligada a nada.

Su habitación triplicaba el tamaño de la mía y estaba separada en espaciosas estancias. Nunca había estado en una suite tan bonita, con mil detalles que marcaban la diferencia entre un lugar estándar y un sitio realmente pensado para hacer disfrutar a los sentidos. Probablemente durante el día fuese muy luminosa, y las maderas claras junto con muchas plantas naturales y textiles neutros con toques de diferentes tonalidades de verde, hacían del lugar un oasis de relajación.

Esa noche, las luces indirectas, que oscilaban de cuando en cuando, acrecentaban la sensación de intimidad, y la oscuridad que reinaba tras las ventanas hacía de la situación un escenario perfecto de seducción. Respiré profundo y me pregunté qué emociones se darían cita allí esa noche. Lo imprevisible no era tónica habitual para mí, pero en vez de sentirme amenazada, en cierta forma me sentí excitada. Viva.

Oliver tenía razón, la tormenta allí no pegaba tanto y lo único que oíamos era la lluvia estampándose contra las ventanas. El ambiente era cálido, más que en el restaurante, por lo que me quité la rebeca mientras caminaba lentamente por la sala. Escuché cómo abría la puerta al servicio de habitaciones, que con presteza sirvió la cena en una mesa redonda. Cuando me acerqué, vi que hasta habían puesto unas velas. Sonreí, y noté que él hacía lo mismo. Sin decir nada me senté y puse la servilleta de lino sobre mi regazo.

—Es una cena, ¿no? Pues cenemos.

Se rio y noté cómo me dolía algo muy adentro. Me había olvidado de su risa, no de la que tenía cara a la galería, sino la de verdad, la íntima, la que le salía con su gente.

—Me alegra que no te hayas ido. Abajo hubo un momento en el que pensé que lo ibas a hacer.

—Yo también.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—¿Estás buscando un cumplido? —sonreí abiertamente y volvió a reírse.

—No, para nada. Solo me gustaría saber por qué sigues aquí.

—Quizá sea curiosidad. O porque esto está pasando en una realidad paralela y no nos implica de ninguna forma.

—O porque, de alguna forma, nos lo debemos.

—¿Tú crees? —le pregunté, enarcando las cejas. Tomó un sorbo de vino y antes de enrollar su siguiente bocado de *noodles*, buscó la contestación:

—Nuestra última conversación no fue precisamente un ejemplo de cordialidad. Quizá no esté mal fabricar nuevos recuerdos...

—De eso hace ya mucho tiempo, Oliver. Entre que ya no nos debería importar, y que aunque así fuese no lo vamos a solucionar con una cena, no creo que sea el motivo por el que estamos aquí.

—Bueno, entonces mejor simplemente disfrutar del presente y no buscarle los tres pies al gato.

—Exactamente. Así que venga, cuéntame por qué vas a dejar lo del fútbol. Has trabajado muy duro por ello, sacrificando muchas cosas en el camino.

A mí, por ejemplo. No hizo falta que lo dijese, sus ojos verdes parpadearon pero no quiso entrarme al trapo.

—Esa es la clave: todo lo que he dejado en el camino. No quiero seguir dando más ofrendas al altar del dios del fútbol, sobre todo porque creo que hay cosas más importantes que podría hacer con mi vida. No, no es que me haya iluminado ni nada por el estilo, es que ahora estoy en una situación en la que puedo elegir.

Asentí, interesada, y continuó:

—Al principio estuve trabajando mucho para conseguir tener una oportunidad. Luego ya lo sabes, tuve la suerte de empezar a trabajar en la tele y ahí todo vino rodado. En ese momento conocí a alguien, una persona muy compleja pero que me sacudió de ese vacío emocional en el que estaba después de... bueno, ya sabes. No fue una relación fácil, yo viajaba mucho, ella se sentía sola a pesar de que tenía una vida profesional muy activa, y quieras o no eso desgasta. Poco a poco la empecé a ver más apagada, sabía que lidiaba con cosas que no tenían que ver conmigo pero que influían en nosotros, pero yo no bajé el pistón. Estaba en plena racha con el tema de los debates, emborrachado de mi éxito. Supongo que te lo imaginas.

Por supuesto que me lo podía imaginar. Para un hombre como Oliver, que llevaba luchando toda la vida por ser alguien (o lo que él entendía con ser alguien), aquello era el *súmmum* de la felicidad. Su tono de voz bajó aún más cuando empezó a desgranar el final de la historia:

—Lidia empezó a dejarse ir. Yo al principio no me enteraba demasiado porque estaba poco en casa, pero ese verano, con el parón del fútbol, empecé a ver que ella no estaba nada bien. Hablé con su familia, con sus amigos, pero todos me decían que ella era así, que le daban esas épocas de ensimismamiento de las que luego salía sin ayuda. Hasta que un día se fue. Desapareció de mi vida, y solo tuve noticias de ella al cabo de unos meses, a través de su abogado. Me pedía arreglar nuestra situación porque, según sus palabras, nunca sería capaz de hacerme feliz ni ser feliz ella. Me decía que no la buscara, que necesitaba encontrarse y salirse de la vida que se suponía que debía tener. Teníamos algunos bienes en común, los cuales vendí porque quería que tuviera una buena liquidez para esa nueva vida que necesitaba. Desde entonces, Madrid ya no es un lugar donde me apetezca vivir. Tengo demasiados recuerdos y demasiados reproches que hacerme. Su madre siempre me dice que no me los haga, que Lidia nunca estuvo realmente bien,

pero creo que podría haber cuidado mejor de ella, o más bien de nosotros.

Suspiró pesadamente, y sin pensarlo mi mano fue hacia su muñeca, apretándola como consuelo. Se pasó la mano por la cara, como ahuyentando los malos recuerdos, y luego volvió a mirarme con ojos cansados:

—Estuvimos juntos cuatro años, y durante ese tiempo fue la persona que invirtió mi dinero por mí. Tenía un toque mágico con ese tipo de cosas, y cuando se fue me dejó con la vida bastante resuelta. No sé si lo hizo por mala conciencia, o simplemente porque solo sabía hacerlo bien, pero al irse ella también me regaló un pasaporte hacia la independencia financiera.

Ni le pregunté cuál era su proyecto, tan impactada me había quedado con su historia. Nunca hubiese pensado que tras aquel charlatán que aparecía en los programas de fútbol, tan alejado del Oliver que había conocido, podía haber tanta tristeza como aquella.

—Dios, Oli, no sabía nada...

Levantó la cabeza y vi un destello en sus ojos. Entonces me di cuenta: le había llamado Oli, y aquello me llevó a un sinfín de recuerdos que intenté ahuyentar con determinación. Cogí aire y me centré, no queriendo darle importancia a lo que acababa de suceder:

—Lo siento muchísimo, tiene que haber sido muy duro.

—Sí, lo fue. Pero el paso del tiempo ayuda y el dolor, la culpa y todos los sentimientos tristes van siendo un poco menos intensos y aprendes a convivir con ellos. —Desvió la mirada hacia otro lado, se quedó un rato en silencio, y luego pareció darse cuenta de que no estaba solo—. Perdona, ¿te apetece más vino?

Asentí y dejé que abriese la otra botella. Yo empezaba a notar el efecto del alcohol, pero entendí que el proceso de abrir la botella le iba a suponer cierta distracción del tema. Aproveché para levantarme y para curiosear la bandeja de postres que nos habían traído también como obsequio. Mmm, había milhojas de fresas naturales, tartaletas de piña y *muffins* de queso y arándanos.

—¿Y si nos lo tomamos frente a la chimenea? —me preguntó y sin esperar mi respuesta empezó a trasladar el vino y el postre.

Me senté frente a la chimenea decorativa con un suspiro silencioso, cada vez más consciente de que aquello se parecía a una cita y no a una cena de amigos. Todo mi cuerpo notó cuando se sentó a mi lado, en la mullida alfombra gris, tendiéndome el vino y poniendo entre nosotros los dulces. Aquello parecía tan sacado de manual que me entró la risa y me alejé un poco:

—¿De verdad que me vas a hacer la escena del dulce de nata que desparramaré por toda mi cara y tú recogerás con tu dedo, para luego mirarme intensamente a los ojos y meterme la nata en la boca? Que nos conocemos, Oliver...

Ahora sí escuché sus carcajadas, y casi se le cae el plato a la alfombra.

—Joder, Aura...

Sus ojos lanzaban destellos dorados mientras las arrugas en las comisuras de sus ojos se hacían más profundas. Por Dios, Oliver Arzuaga, definitivamente de mayor estás mucho más atractivo, pensé mientras me quedaba embobada mirándole. Y la diferencia era que ya no era solo un chico guapo, sino tenía más aristas, más misterio, más humanidad en todos sus rasgos. Me dieron ganas de tocarle la cara, ver si la barba era tan suave con recordaba, pero no moví ni un solo dedo. Me distraje quitándome los zapatos, y me senté más cómoda, sobre mis piernas. Él bebía vino, todavía con una sonrisa en los labios, y se giró hacia mí:

—Bueno, ya te he desvelado mis fantasmas. ¿No me vas a contar tú ninguno de los tuyos?

—¿Qué quieres saber?

—Si eres feliz.

Vaya, directo a la línea de flotación. Me revolví, molesta, y el sofoco que había sentido en el restaurante volvió a mí, pero esta vez acompañado de irritación. Sentí que se me acaloraba el rostro y fruncí el ceño:

—¿Qué clase de pregunta es esa?

Noté que se sorprendía y se me acercó un poco, escrutándome la cara.

—No lo sé, ¿una pregunta normal entre dos personas que hace mucho tiempo que no se ven?

—Pues no, la verdad. Me parece una pregunta demasiado íntima. Y sí, ya sé que me has contado cosas personales tuyas, pero no sé a qué viene esto ahora y ya que estamos, en realidad tampoco sé qué estamos haciendo aquí.

—¿Qué te pasa? Pensaba que estábamos en sintonía y que lo estábamos pasando bien.

Su cara de perplejidad me irritó todavía más. Me alejé de él, sentándome sobre mis rodillas.

—A ver, Oliver, no puedes venir diez años después y preguntarme si soy feliz. No es normal. No entre nosotros.

—Entonces es que no lo eres. Porque si lo fueras —se incorporó para acercarse a mí, y yo tuve que frenar mis ganas de recular—, no te molestaría tanto que te lo pregunte.

—¿Y a ti qué te importa si soy feliz o no?

Me callé, porque la conversación más importante era la que no estábamos teniendo, las frases que no nos estábamos diciendo. Y no quería que las palabras definitivas saliesen de mi boca. Nos sostuvimos la mirada, con ojos duros, llameantes, tan intensos como la tormenta que nos rodeaba.

—No debería importarme, no. Pero siempre me lo he preguntado y me gustaría saber la respuesta.

Me levanté, repentinamente cansada y algo mareada por el vino y la intensidad de la situación. Él también lo hizo, demasiado cerca de mí.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que te lo sigas preguntando? Porque creo que no tienes ningún derecho a saber la respuesta.

—¿No?

—No. Lo perdiste en el momento en el que te fuiste.

Genial. Ahí estaban las palabras que había evitado a toda costa que saliesen de mi boca, las que reconocían que ni había perdonado, ni había olvidado. Me di la vuelta, queriéndome alejar de su calor, pero me siguió:

—Te recuerdo que te supliqué que vinieras conmigo, y te negaste en redondo.

—¿Y por qué crees que fue? —le pregunté con una sonrisa crispada y notó que iba a estallar—. ¡Porque siempre era lo tuyo lo que primaba, lo que estaba por delante de todo! ¡Ni una sola vez pensaste en lo que quería yo, en lo que me apetecía hacer con mi vida, nunca se te ocurrió preguntármelo! ¡Siempre tú, tú y tu maldito ego, ese afán de demostrar al mundo no sé el qué!

Ahora sí vi dolor en sus ojos, pero me dio igual. Cogí mi rebeca para irme, pero sus palabras me retuvieron:

—Pues espero que en este tiempo hayas conseguido hacer todo eso que yo te impedía hacer.

La ira subió por mi garganta como hacía años que no lo hacía, y me sacó de mi letargo emocional. Me di la vuelta y fui hacia él, hasta que apenas quedó espacio entre nosotros, y bajé la voz para que tuviese que escucharme bien:

—Por culpa de lo que tuvimos, mi vida ha sido una puta foto en blanco y negro. Por culpa de lo que tuvimos, me he conformado con una vida a medias, siempre buscando la estabilidad, la tranquilidad, lo totalmente contrario a lo nuestro, porque no habría podido soportar nada ni siquiera parecido a lo que supuso nuestra ruptura. Así que sí, supongo que he sido feliz porque me he salvaguardado de toda emoción más allá de unas risas en compañía o de un orgasmo tibio.

Espero que con esto quede contestada tu pregunta.

Ambos respirábamos agitados, con ganas de gritarnos mil y una cosas que teníamos guardadas desde hacía años, pero también sabía que si no me iba aquello iba a terminar de otra manera mucho más salvaje. Había cosas que nunca cambiarían entre nosotros, esa enganchada de hormonas que nos convertían en chispa y pólvora en cuestión de segundos. Y en cuanto vi que me miró los labios, me di la vuelta y me fui de la habitación.

Y como le conocía, sabía que no vendría detrás de mí. Pude llegar a mi habitación sin que me lo impidiera, bajando las escaleras a todo correr porque no me fiaba del ascensor y la tormenta. Entré en tromba, me quité la ropa sin cuidado y entré directamente en la ducha, deseosa de quitarme de encima la sensación pegajosa de malestar que me había dejado nuestro encuentro.

Con el agua caliente cayéndome por la espalda, cerré los ojos y por primera vez en muchos años dejé caer las lágrimas. Lloré durante todo el rato que pasé bajo el agua, permitiendo que mi cuerpo expulsase esa sensación de tristeza y desazón que había provocado nuestro encuentro. Maldito Oliver, pensé. ¿Por qué había tenido que aparecer justo esa noche en aquel hotel? ¿Cuál era la razón que tenía el destino de propiciar ese reencuentro?

Me tendí sobre la cama en bata mientras el viento y la lluvia rugían en mis ventanas. Me sentí sola, vacía, desolada como hacía diez años. ¿Cómo era posible que todos aquellos sentimientos siguiesen ahí? Parecía que de nada habían servido los esfuerzos para enterrarlos bien hondo. Poco a poco se me fueron cayeron las capas de la coraza que había ido construyéndome y con una certeza muy dolorosa supe, como ya había vislumbrado en el restaurante, que nunca había superado lo de Oliver. Que él era el patrón por el que había medido todas mis relaciones posteriores, y la razón por la que ninguna había llegado a sobrepasarlo.

Me levanté, inquieta, sin poder dormir, mientras el corazón me latía a mil por hora. Aquello no podía volverme a pasar, me dije. Ahora era más adulta, más sabia, más de todo aquello que debemos ser para saber qué es bueno para nosotros. Y Oliver no lo era, solo había que ver cómo me descentraba, cómo me cabreaba, cómo me excitaba. No podía permitirme pensar más allá, ni siquiera en dudar si con los años habría cambiado, si ahora sería el hombre que debería haber sido siempre. No. Y me dormí rezando para que al día siguiente el cielo se despertara azul y yo pudiese coger un avión a mi insulsa vida.

SEGUNDA PARTE:

«EL VIENTO»

Mis ruegos no fueron atendidos: cuando me desperté al sonarme el móvil, la lluvia seguía cayendo con fuerza y de nuevo se avecinaba una tormenta eléctrica. Cogí el teléfono por inercia, pero me desperecé al escuchar la voz de Amanda. Me había cogido una noche más en el hotel, y en principio tenía reservado el vuelo para el día siguiente por la tarde, que era cuando las previsiones mejoraban. Le di las gracias y lancé el teléfono al suelo. Dios, otro día más bajo el mismo techo que Oliver.

Me levanté arrastrándome y me hice un café de los que tenía de cortesía en la habitación. No tenía hambre, cosa rara en mí ya que solía desayunar como una reina, pero lo achaqué al mal cuerpo que se me había quedado de la noche anterior. Así que cogí el café y me asomé a la ventana, observando con algo de temor el panorama de la calle, por donde seguía bajando agua con fuerza. No estaba el día para salir, así que me preparé mentalmente para un día de encierro en la habitación, preferiblemente trabajando.

Pero sabía que no iba a poder hacerlo. Que mi mente y mi cuerpo estaban conmocionados por la sacudida que habían sufrido la noche anterior, ese electroshock que había cortocircuitado mi existencia y que ya estaba teniendo consecuencias. Me senté en una de las butacas y fui sincera conmigo misma: iba a ser muy complicado seguir adelante como siempre, porque no solo era el haberme reencontrado con Oliver, sino también el afrontar las duras revelaciones internas.

No sabía por qué se me había resquebrajado la coraza de seda así, tan fácil y rápido. Quizá eso hubiese pasado tarde o temprano, pero el encuentro con Oliver lo había acelerado. El caso era que sabía perfectamente que en algún momento tenía que salir de esa mierda de vida que me había fabricado en los últimos años, con esa complacencia, esa supuesta tranquilidad, esa actitud de mujer de los cincuenta suave y dada. Yo no era así, pero había abrazado ese rol en defensa propia. Y eso no era justo para nadie, la primera yo, pero tenía un daño colateral muy doloroso: Cristo. Hundí mi cara en mis manos, suspirando. Por supuesto que lo quería, era un compañero maravilloso, la vida era fácil con él... pero lo mismo podría haber dicho de una mascota.

Y tampoco había sido justa con Oliver. Lo que ocurrió hacía diez años tenía que quedar allí, no podía hacerle responsable de lo que decidía en la actualidad. Solo yo podía cambiar mi vida, no él. Pero no podía obviar que toda esa estrategia de autoprotección que me había impuesto venía de nuestra ruptura. Y de todo lo que pasó antes.

Me levanté, intentando concentrarme en otra cosa que no fuese la rueda de hámster en la que se habían convertido mis pensamientos, y saqué la muda de ropa que tenía en el trolley. La puse en el baño para cambiarme y sentirme un poco más humana, pero unos toques en la puerta me hicieron cambiar de planes.

Supe quién era antes de abrir. De alguna forma, casi lo había esperado. Conocía su forma de actuar y que después de un enfado necesitaba enfriarse, pero que luego siempre era el que daba el primer paso. Al abrir el corazón saltó en mi interior y se perdió en algún lugar entre mi pecho y mi garganta. Él estaba apoyado en el marco de la puerta, como siempre perfecto con su vaquero negro

y jersey color crema, y sus ojos se fundieron en los míos en cuanto abrí.

Algo pasó en ese momento, algo que retorció mi interior a la vez con dolor y con placer, como si se hubiera formado una bola de luz llena de electricidad entre nosotros. Tuve que abrir la boca para respirar, tal era la intensidad del momento, y di un paso hacia atrás, todavía sosteniendo la puerta. Él bajó la mirada y entró sin decir nada, mientras yo cerraba la puerta con mi propio peso. Me dio la espalda, mirando hacia la ventana, y no se dio la vuelta hasta que yo me acerqué. Pasó un segundo, dos, diez. Vi que alargaba la mano hacia mí y en ese momento los dos hablamos, casi pisándonos:

—Perdón por lo de anoche, yo...

—No, perdóname tú, lo hice todo muy mal...

Y de pronto estábamos abrazándonos, de esa forma casi hambrienta que hace que sientas el cuerpo de la otra persona como si fuera el tuyo, como si quisieras meterte en la piel del otro para sentirle aún más. Notaba sus brazos apretándome contra él, sentía su boca en mi pelo, su nariz oliendo el hueco de mi cuello, y yo me contenía para no recorrer con mis manos su ancha espalda y bajarlas por la curva de su cintura. Cerré los ojos para intentar quedarme con todo el momento, con su olor tan característico, con ese cuerpo mucho más esculpido que el que recordaba, con ese calor que seguía siendo parte de sus abrazos, y deseé que aquello nunca se acabase.

Noté un hondo suspiro en su pecho y volvió a enterrar su rostro en mi pelo, haciendo que todo mi cuerpo se erizase. Estaba claro, aquello se estaba convirtiendo en una forma de tentarnos mutuamente. Por eso me entró la risa cuando empezó a separarme de él y me pidió que me pusiera otra cosa, algo con lo que no se me notase que no llevaba ropa interior. Le miré sonriendo antes de entrar al baño, y luego cerré la puerta absolutamente sonrojada. Dios, aquello se estaba complicando, mis emociones eran igual de inestables que la tormenta que nos envolvía, y lo peor era que aquello me estaba gustando.

Cogí con rapidez mi conjunto de ropa interior de encaje color burdeos, y me lo puse mientras iba lavándome la cara, los dientes y poniéndome crema. No tenía muy mal semblante, por lo que me puse mis capas de rímel, unos toques de iluminador y un labial muy jugoso en color melocotón. Me vestí con unos pantalones *palazzo* violeta con una camiseta de cuello desbocado, y me pasé el cepillo por el pelo un par de veces. Me vi bien, con ojos llenos de expectación y con cierto punto sexy.

Me estaba esperando en el mismo lugar donde lo había dejado, con las manos hundidas en los bolsillos y sin duda pensando intensamente. Cuando aparecí, las comisuras de sus labios se levantaron suavemente y volvimos a conectar, sonriendo ambos con cierta timidez.

—¿Bajamos a ver cómo está todo y si nos dan algo de comer?

Asentí, era el mejor plan para la situación que se había generado. Salir de la habitación, rodearnos de otra gente, no hablar todavía de todo lo que quedaba por hablar.

—Me parece una excelente idea, yo todavía no he desayunado.

—Pues creo que ya va tocando el aperitivo —me dijo sonriendo y abrió la puerta. Yo salí como flotando, incrédula ante el desequilibrio de mis emociones. ¿Cómo podía pasar de estar enfadada a echarle sonrisas en cuestión de minutos? Luego lo recordé: era Oliver. Aquello era lo que siempre pasaba con él.

Bajamos al lobby del hotel, donde habían conseguido contener el agua que todavía corría por la calzada, y habían habilitado una entrada adicional a través de una puerta secundaria que no estaba al nivel de la calle. De todas formas no se veía mucha gente ni en recepción ni saliendo afuera, con lo que supuse que al igual que nosotros, la gente se quedaría en el hotel mientras durase la tormenta.

Vimos que el bar-cervecería, que habitualmente estaba vacío, hoy estaba lleno de huéspedes del hotel tomando cervezas y tapas. El ambiente era como el de cualquier bar de mediodía en la zona centro, con jaleo y risotadas, como si los allí presentes estuviesen retando a la tormenta que seguía rugiendo en las afueras. Buscamos un hueco al final de la barra de azulejos blancos y azules, muy de estilo andaluz, y en un pis pas tuvimos frente a nosotros una jarra de cerveza con sus aceitunas partidas aliñadas y unas papas fritas indudablemente hechas en el mismo hotel. Aquello me recordó tanto a nuestros comienzos, cuando recorríamos todos los baretos desde la calle Larios hasta la plaza de la Merced para luego perdernos por los barrios menos conocidos, que tuve que beber un buen trago de la cerveza. Me esperó para brindar, y supe que él también se había acordado de lo mismo. De hecho me preguntó si todavía sabría ir a aquel bar enano donde hacían unos camperos para morir. Aquello fue como abrir una compuerta a los recuerdos, pero para los que eran buenos. Empezamos a reírnos recordando mil y una anécdotas protagonizadas por nuestros amigos y por supuesto por nosotros, en lugares a los que yo no había vuelto y él pocas veces, rememorando esa magia que tiene Málaga para cautivar a cualquiera que la pisa.

Pasamos horas entre cervezas, boquerones y pinchos de tortilla, suspendidos en una burbuja de colores en la que éramos otra vez Oliver y Aura, no dos desconocidos con dagas japonesas en las manos para ver quién hacía más daño al otro. No, estábamos en cómoda complicidad, compartiendo recuerdos dorados, sin tocar los más feos sino obviándolos, mientras nos íbamos mirando cada vez más audaces, disfrutando de la visión del otro sin tapujos. Oliver era como un animal salvaje que había encontrado su lugar en el mundo, como la pantera que en vez de estar todo el día cazando con el sabor de la sangre en la boca, ahora se contentaba con vigilar su entorno desde una rama estratégicamente situada. Era él, pero más maduro, más tranquilo, con su fuego interno más contenido. Aun así me lo transmitía, me daba chispa, me convertía en su igual, y yo dejaba de ser la auditora aburrida para volver a ser esa chica que quería ayudar a hacer avances al mundo en el que vivía.

Yo ya llevaba cinco cervezas y me dije que era el momento de parar. Hice una visita estratégica al baño y cuando volví, habían puesto música. La lluvia caía fuera como un manto espeso, pero la gente ya estaba bailando, ajena a que a pocos metros las alcantarillas estaban desbordadas. Oliver me estaba esperando en el mismo lugar, y cuando llegué me tendió la cerveza. El camarero debía ser de nuestra época y había pinchado la lista de «lo mejor de la década de los dos mil», porque de pronto empezamos a escuchar todas aquellas canciones que fueron nuestra banda sonora al principio de aquella década, y que contribuyeron que nos sumergiésemos aún más en los recuerdos. J.Lo, David Civera, Sonia y Selena, Beyoncé y su *Crazy in love*... Y ya a las seis de la tarde, cuando sonó *You are beautiful*, de James Blunt, supe que habíamos entrado en la zona de peligro. En su momento aquella canción pareció perseguirnos desde que salió, por lo que al principio nos causaba risa, pero al final se convirtió en nuestra banda sonora, a pesar de que era una canción al amor sin esperanza. Ahora, mirándolo bien, tuvo todo el sentido del mundo que se convirtiese en nuestra canción, y también que no lo supiésemos en su momento.

En cuanto sonaron los primeros acordes de la canción noté que nos quedamos petrificados. Estábamos todavía en la barra, pero ya de pie, meciéndonos con la música, pero aquella canción no la íbamos a bailar. Tenía demasiado bagaje emocional. Miré hacia otro lado, buscando qué decir, pero de pronto noté que me acercaba a sí mismo, cogiéndome por la cintura, y haciendo que mi cabeza descansase en su hombro.

—Concédenos este momento —musitó mientras volvió a abrazarme, esta vez con más delicadeza. Oh, pensé. Esto era muy peligroso. Notaba cómo mi cuerpo vibraba con tenerle cerca, cómo empezaba a desear frotarme contra él, contra su cuerpo, contra su rostro. Le escuché cantar

la canción por lo bajo, y suspiré, nerviosa. Eso hizo que se separase.

—Es lo único que me estás dejando pensar todo el rato. En lo preciosa que eres. En que no quiero que pase como en la canción, si puedo evitarlo.

Intenté coger aire pero no pude. ¿Adónde nos estaba llevando esto? Sentí que la presa de mis emociones seguía agrietándose aún más, y aquello era algo que necesitaba controlar. Me eché hacia atrás, con su mirada verdosa clavada en mí, desnuda, expectante ante mi siguiente movimiento.

—Necesito subir un momento a mi habitación.

Antes de darme la vuelta, me cogió de la mano:

—Te espero en la sala de juegos, en la segunda planta.

Asentí sin mirarle y me fui. Subí de dos en dos las escaleras y llegué a mi habitación casi sin aliento. Tenía calor, no sabía qué pensar, y sobre todo cómo proceder. Suspiré hondo y cogí el móvil. Tenía varios mensajes de mi familia y de Cristo, y les escribí rápidamente para decirles que estaba bien, ignorando su preocupación. Tiré el móvil sobre el colchón y me miré al espejo del tocador. La situación dependía de mí. Oliver lo estaba dejando claro. ¿O no? Quizá fuese una estrategia para echarme un polvo por los viejos tiempos. Meneé la cabeza. Ya no le conocía como antes, no sabía lo que estaba pensando. Pero la pregunta más importante era qué quería yo de todo aquello. ¿Resarcirme de lo antiguo? ¿Engancharme de nuevo a esa droga que ya conocía? ¿Usarle como revulsivo, como acicate para tomar decisiones que sabía que tenía que tomar? ¿Disfrutar una noche, y luego olvidarlo?

Tras un rato convenciéndome de que tenía que ser valiente y enfrentarme a lo que se me viniese, bajé a la sala de juegos con el pulso normalizado y más serena. Le vi sentado en un sofá, siguiendo una partida de billar entre unos ingleses bastante ruidosos. Me senté silenciosamente a su lado, y le di un sorbo a su cerveza. Nos miramos, con una sonrisa cautelosa, y su mano acarició la mía:

—¿Todo bien?

Asentí, y seguí mi plan de normalizar la situación:

—No me has contado cuál es tu proyecto. El que vas a empezar ahora que has dejado el fútbol.

Noté cómo se emocionaba y se llenaba de energía. Le escuché, imaginándome a mí misma formando parte de ese proyecto social, dando charlas para evitar y prevenir la violencia doméstica, y creando lugares donde atender a las víctimas, algo que Oliver tenía en su ADN después de su dura experiencia con la familia en la que le había tocado nacer. Me sentí tremendamente orgullosa de que quisiera hacer algo así, que dejase de lado la fama y los focos para intentar ayudar en un problema real. El proyecto se llamaba Olivia, como su madre, una más de la triste lista de mujeres maltratadas por sus maridos, y ya lo tenía bastante avanzado.

Nos entusiasmos a hablar de los detalles, le propuse nuevas ideas, hasta dibujamos un esquema de cuál debería el flujo de trabajo. Le di consejos sobre la financiación, la fiscalidad, el buscar las facilidades con las administraciones, tema que controlaba al dedillo y que se me hizo sumamente importante compartir con él. Aquello fue cálido, cómplice, y en cierto sentido peor que todo lo anterior, que los abrazos, que las chispas, porque vimos que seguíamos igual de compenetrados, en la misma onda, como siempre había sido entre nosotros.

Creo que fue en aquella sala llena de gente jugando al billar y a las cartas, sentada en un sofá no demasiado cómodo y tomando un refresco templado, cuando me di la opción de volver a abrirme a él. De no resistirme, de escucharle, de escucharle, de sentirme, de dejarle hacer. Porque otra cosa no tendría Oliver, pero no sabía fingir. Y no me cabía duda de que lo que estaba volviendo a sentir por mí era real. Hasta ahí sabía leerle.

A las nueve devoramos un platito de frutos secos y me preguntó si cenábamos de nuevo en su habitación. Asentí, no tenía sentido hacer ningún paripé. Ambos teníamos claro que queríamos estar juntos, todavía necesitábamos tiempo para hablar.

Subimos a su habitación y me dediqué a recorrer la estancia mientras él pedía al servicio de habitaciones. Me sentí nerviosa, sabía que se avecinaban horas duras. Temblé del frío, la calefacción parecía haber bajado su intensidad, y enseguida noté que me traía un suéter suyo. Me abracé a él, era mullido y olía fantásticamente bien. Le miré: no estaba acostumbrada a esas atenciones. Con Cristo cada uno cuidaba de lo suyo y no teníamos demasiados mimos el uno con el otro. Pero así nos había funcionado hasta ahora, sin problemas. En ese momento me di cuenta de que ni siquiera nos besábamos si no era como prolegómeno del sexo. Y ahora estaba frente a un hombre que siempre me había comido a besos sin venir a cuento, y que sabía que se moría de ganas ahora también.

—No me mires así —le pedí, sofocada, y se apoyó en una mesita auxiliar brindándome una sonrisilla.

—No puedo evitarlo. Es como si no hubiese pasado el tiempo. Y a la vez ha pasado mucho, tanto que me muero de ganas por saber más cosas de ti.

—En diez años pasan muchas cosas, ¿por dónde quieres empezar?

—No sé si sabes lo que significa que pueda preguntarte cualquier cosa.

—Lo sé, y me expongo.

Nos miramos, repentinamente serios, y proseguí:

—Quizá necesitemos tener esta conversación. Supongo que para esto nos ha juntado el destino en este hotel. Si no, no tiene sentido.

Cogió una silla y se sentó sobre ella al revés, apoyando sus antebrazos en el respaldo de la misma. La colocó a una distancia prudencial del sofá donde estaba sentada yo, y supe que la batalla empezaba cuando sus ojos se tornaron casi dorados.

—¿Por qué no consideraste irte conmigo a Madrid? Yo lo veía como un nuevo comienzo, como una nueva etapa...

Le interrumpí, sin perder la tranquilidad:

—La clave está en tu pregunta. Siempre se trataba de lo que tú hacías, y yo te seguía. En ningún momento tu propuesta fue un «nos vamos juntos». Tú tenías tan claro cómo querías triunfar, que lo que yo quisiera era absolutamente secundario.

—Eso lo sé, y lo admito. Fui muy egoísta, eso es algo que he entendido después de muchos años. En ese momento solo veía mi ambición, el cómo llegar a ser alguien en aquel mundo que me fascinaba. Supongo que tenía que ver con todo lo que viví en casa, allí se cuajaron todas esas ganas de demostrar que podía salir algo bueno de ese entorno de mierda. Pero no nos desviemos. Sabes que no fue solo eso, Aura. Esa no fue la única razón por la que no viniste conmigo.

El dolor me atravesó como una espada en llamas, y aun después de tanto tiempo, noté cómo las lágrimas acudían a mis ojos, abrasadoras. Nunca Oliver había sido tan directo con el tema, nunca lo había abordado así, ni siquiera cuando ocurrió. Siempre buscaba evasivas o atajos para no hablarlo de frente, sin las palabras adecuadas. Estupefacta, me obligué a mirarle y vi que estaba igual de conmovido que yo. Cogió aire y después de diez años dio forma a todo lo que siempre le achacué, lo que más me había dolido en nuestra separación:

—No entendí tu dolor como debería haberlo hecho. No fui capaz de ponerme en tu lugar y tener paciencia. Solo quería seguir adelante, creía que era capaz de racionalizar todo lo que pasó para que no me doliese. Solo que me dolió mucho más tarde, cuando ya no estabas.

Las lágrimas ya corrían por mis mejillas sin pudor.

—¿Te acuerdas de ella? ¿Te acuerdas de su cara?

Esta vez fueron sus ojos los que se desbordaron.

—Nunca olvidaré lo preciosa que era, aunque solo la tuviésemos una hora con nosotros. Pero sobre todo nunca se me olvidará tu expresión cuando se la llevaron. Es algo que llevo marcado a fuego en mis recuerdos. Por eso es tan imperdonable que no te haya apoyado como necesitabas en todos los meses posteriores. Porque tú eras su madre, y eso es algo absolutamente primitivo que por mucho que intente ponerme en tu lugar, nunca sería capaz de sentirlo igual que tú.

Aquello me desgarró por dentro, y me llevó a lugares que el dolor nunca abandonaría. A aquellos meses en los que Abril creció dentro de mí, como esa sorpresa que no esperábamos pero que recibimos con alegría; esa maravillosa ilusión en la que vivía todos los días, leyendo todo lo que caía en mis manos para ser la mejor madre del mundo; los paseos infinitos, las tardes de natación bajo las puestas de sol, los ejercicios disciplinados para tener mi cuerpo bien preparado para cuando llegase el momento; todas las cositas de bebé que fueron poblando el pequeño cuarto que iba a ser el suyo, un cuarto de princesa lleno de animales y libros, el cual pintamos de amarillo pastel solo unos días antes de perderla; y la burbuja de mágica felicidad que solo de recordarla me retorció el interior, esa ansiedad por tenerla con nosotros que cuando la tuvimos, a las treinta semanas y tras haberla tenido que parir sabiendo que no vivía, nunca pensamos que sería así, llorando, destrozados, queriendo insuflar vida a esa cuerpecito que tanto queríamos.

Recuerdo todo de esa hora en la que nos tuvimos que despedir de Abril, tanto me esforcé en memorizar su pequeña cara de ángel y sus puñitos quietos y pálidos. La veo todavía ante mí, tan dolorosamente nuestra, tan deseada, y recuerdo cómo la vestí con la ropita que con tanto cuidado había escogido para su primera puesta, sin imaginarme que sería su mortaja.

Después de Abril todo se desmoronó. Yo no fui capaz de sobreponerme, vivía en un dolor oscuro que tenía que disimular en el trabajo y con mucha gente del entorno, porque a fin de cuentas la vida sigue y la gente prefiere ignorar las cosas feas. De tanto en tanto tenía que escuchar perlas como «no te preocupes, ya tendrás otro», como si estuviésemos hablando de una chaqueta rota, y recuerdo cómo lloraba en voz alta, como los niños, mientras conducía hasta casa, con la sensación de que me ahogaba.

El mundo parecía estar lleno de embarazadas, de mamás con sus cochecitos, o de abuelos en el parque enseñando sus nietos a los vecinos. El salir a la calle era como herirme de muerte, y de sentirme peor aún conmigo misma porque al ver esas madres exultantes, con caras de cansadas pero con la mayor de las felicidades impresa en su rostro, solo podía pensar en por qué ellas sí habían podido, y yo no. Me sentía como algo en mal estado, de segunda, como si estuviese bichada, y la envidia campaba a sus anchas en mi mente, aunque sabía que era algo totalmente irracional.

Busqué ayuda, hablé con expertos para superar el duelo, pero no lograba mejorar sobre todo porque Oliver no era capaz de entender cómo me sentía. Él lo sufrió mucho también, de eso no tengo duda, pero al cabo de un tiempo, al verme tan hundida, cada vez más escuchaba de su boca cosas como «tienes que sobreponerte, no puedes estar siempre así». Yo le miraba, incrédula, mientras él me daba su versión racional de «todo esto es horrible, pero piensa que si pasó es por algo, la naturaleza es sabia», y yo le gritaba que me cagaba en la puta naturaleza, yo lo que quería era a mi hija conmigo.

Por eso al año, cuando surgió la oportunidad de irnos a Madrid, me sentí absolutamente abandonada, como si nada de lo que había pasado hubiese hecho mella en él. Oliver seguía para delante, con sus ambiciones, sus metas, sin darse cuenta de que tenía a una persona rota a su lado. Lo interpreté como una huida hacia una vida más fácil, en otro entorno, con nueva gente. Supongo

que él pensaría que empezar de cero me iba a ayudar. Pero lo que no entendía era que yo lo que necesitaba era sanarme con él, como esa pareja de iguales que siempre habíamos sido. No sentirme como una carga, como alguien de segunda.

Y todo eso se lo dije. Con la tranquilidad que da la distancia de diez años, pero con la emoción de un dolor que nunca se disiparía. Porque siempre sería madre, aunque no tuviese a mi hija conmigo. Y siempre sería esa mujer enamorada de Oliver, aunque ya no estuviésemos juntos. Le hablé calmadamente de todo, y él escuchó en silencio, sin apartar la vista de mí.

Le conté que mil veces había querido ir a Madrid a encontrarme con él, pero me lo había impedido el saber que nunca iba a ser tan importante para él en ese momento como lo era su profesión, sus ganas de progresar. Que tampoco había hecho lo que realmente hubiese querido hacer en la vida, y eso sí era culpa mía, por no querer salir de ese estado de inmovilismo al que te lleva el no querer tomar decisiones para que no te hagan daño. Que no había sido infeliz, que tenía una vida tranquila, segura, amable, pero sabía que le faltaba algo. Que ese algo era el que me daba miedo, porque era el que podía hacerme estratosféricamente feliz como volver a destrozarme. Y no quería destrozarme de nuevo, me había costado mucho unir las piezas, mucho tiempo y mucha paciencia.

Mi voz se quebró imperceptiblemente al contarle que no había tenido hijos. Que Cristo no había querido tenerlos, decía que tal y como estaba el mundo era irresponsable traer hijos a él, pero que transigió al saber lo de Abril y quiso intentarlo. En eso se quedó, en unos cuantos intentos que no cuajaron y que finalmente dejamos de lado, sin hablarlo, yo extrañamente fría y Cristo claramente aliviado. Un día apareció en casa diciéndome que se había hecho la vasectomía, a lo que asentí y me fui a otra habitación. Fue la única vez que lloré, que me desbordé, que recordé todo lo anterior con un dolor que no se había mitigado. La única y la última, hasta la presente noche.

Nuestros ojos no habían dejado de hundirse en los del otro durante todo mi relato. Sentí que me escuchaba de verdad, que me entendía de una forma nueva que el anterior Oliver no hubiese hecho. Me iba notando cada vez más suya, con el corazón dándome latigazos dolorosos, sintiéndome absolutamente conectada con él. ¿Y si el sentido de habernos encontrado no era solo para aclarar el pasado? Tragué saliva, mientras el silencio en el que nos habíamos quedado parecía ahogarnos. Solo se escuchaba la lluvia, que volvía a caer furiosamente, y las ráfagas de viento que hacían crujir las ventanas.

En ese momento tocaron a la puerta, era el servicio de habitaciones con lo Oliver había pedido. Buen *timing*, pensé, y me levanté a ayudarle a poner las bandejas en la mesa. Abrió el vino y me sirvió una copa, aunque preferí una Coca Cola. Llevaba bebiendo alcohol desde el día anterior, lo cual no era algo habitual en mí. Me senté ante mi plato de salmón con arroz y algas, humeante y aromático, y mi estómago rugió. No habíamos tomado nada caliente en todo el día, por lo que teníamos hambre. Oliver terminó su entrecot en tiempo récord y me esperó para tomarnos la tarta de limón y merengue que habíamos pedido de postre. Acabé cediendo a una copa de vino por su insistencia, y terminamos de cenar en silencio, con Nina Simone de fondo.

Afuera la tormenta seguía sin tregua, y me pregunté si al día siguiente se cumplirían las expectativas de que se apaciguase. La lluvia y el viento llevaban arremolinándose todo el día, a veces más suaves y a veces feroces, como ahora, en la oscuridad de la noche. Esa tormenta era la que nos había juntado de nuevo, pero ¿qué quería decirnos con eso? Intenté escucharla, a ver si era capaz de entender lo que gritaba, pero no pude, su voz se me escapaba en la lejanía.

Quise levantarme, sin saber muy bien qué hacer, pero él fue igual de rápido y me cogió de la mano.

—No te vayas, por favor.

—No me iba a ir.

—No sé por qué, pero no te creo del todo.

Me encogí de hombros, sonriendo.

—Yo tampoco. Hoy no sé muy bien qué estoy haciendo.

—Yo sí.

—Es que tú siempre lo sabes todo, listillo.

Sonrió con cierta tristeza.

—Al contrario, la mayor parte de las veces no sé nada. Pero hoy sí te puedo decir que sé cosas, que he descubierto cosas importantes.

—Cuéntamelas —le pedí, consciente de que entrábamos en aguas peligrosas.

—Vale, pero pongámonos cómodos. Y no vale decir que no —dijo, al ver mi cara reticente. Me llevó hasta el sofá de la sala y moviendo sus módulos lo convirtió en un *chaise longue* lo suficientemente ancho para que cupiésemos los dos cómodamente. Me quité los zapatos y me senté de lado, mientras él cogió una manta gris, gordita y suave, para ponerla sobre mis piernas. Cuando se sentó a mi lado, me puse nerviosa. Estábamos en el momento de la partida en el que se juega a matar. *Play hard or go home*, me dije.

Empezó a acariciarme el antebrazo con suavidad, como si fueran unas cosquillas entre amigos. Aquello me tranquilizó, y dejé caer mi cabeza hasta que se apoyó en su hombro. Escuché que respiró profundo, y su voz queda rompió el silencio.

—Gracias por contarme todo esto. He tenido mucho tiempo para pensar en nosotros durante todos estos años, y de poder analizar lo que pasó. Siempre pensé que tú y yo estábamos destinados a estar juntos, Aura. Que éramos únicos, ¿te acuerdas? Como Rachel y Ross. O Carrie y... ¿cómo se llamaba?

—Big.

Me reí suavemente. Me había olvidado de aquello.

—Por eso no entendí por qué se acabó. No entendí por qué te negaste a empezar de nuevo, por qué no luchaste por seguir adelante. Ahora sé todo lo que sufriste, todo lo que había en tu mente, pero para mí fue una traición hacia todo eso que habíamos sentido y vivido juntos, hacia todas las promesas que nos hicimos. El que no quisieses seguir adelante me dolió en el orgullo, y me fui a Madrid con la intención de olvidarte y de fabricarme otra vida. Joder, lo cierto es que nunca lo conseguí.

Se me paró momentáneamente el corazón al escuchar su última frase, y levanté la cabeza. Él seguía mirando hacia delante, toqueteándome el brazo y ya había llegado a mi mano.

—Por supuesto que se puede vivir así. Conocí a Lidia, viví lo que viví con ella, la sufrí, y me recuperé de ella. Pero siempre estabas tú en el fondo, en ese lugar de la mente en el que archivas tus recuerdos más intensos y dolorosos. Como esa espinita que tienes clavada con dolor pero también con placer. Me había dado por vencido, lo nuestro había pasado hacía mucho tiempo y no tenía ningún sentido pensar en ello. Así que en mi corazón eras la mujer de mi vida, a la que dejé marchar sin luchar por ella, pero que era ya un recuerdo. Algo imposible, intangible. Algo que hasta pensé que había idealizado, porque era imposible que en realidad fueras tan increíble.

—El tiempo siempre mejora los malos recuerdos y perfecciona los buenos —le dije, con el corazón latiéndome a mil. Me miró de reojo.

—Quizá. Pero el habernos visto aquí me ha confirmado que no había idealizado nada.

Ahora sí se volvió hacia mí, con los ojos brillantes.

—Es imposible que después de tantos años logres hacerme sentir como antes. Que aunque la mitad del tiempo que hemos pasado juntos hayamos estado removiendo el pasado y no de la mejor

forma, solo pueda pensar en lo feliz que me siento de estar a tu lado. Sigues siendo magia pura, Aura, y no sé cómo voy a sobrevivirte si no te vuelvo a ver después de esto. Y te está hablando el Oliver de hoy, el que sí sabe lo que quiere en su vida.

—No puedes decir eso, no tienes ni idea de cómo soy ahora. —Intenté resistirme a su embrujo pero no podía apartar la mirada de él.

—Da igual. Sé lo suficiente de ti y de mí como para enseñarte mis cartas abiertamente. Aura, no creo que esto haya sido una coincidencia. Esto tiene que significar algo más, si no, no tiene sentido que la tormenta nos haya puesto a los dos juntos en un hotel de Málaga, un miércoles cualquiera de noviembre.

—Quizá sea para limpiar el pasado y poder seguir adelante.

—Sí, pero juntos.

—Eso no es tan fácil.

—Es tan fácil como queramos que sea.

Me molestó su tono despreocupado y lo fulminé con la mirada:

—Y qué, ¿vas a renunciar a tu proyecto si te digo que no me quiero ir de mi isla? ¿Que no puedo irme? No sabes nada de mí ahora, no puedes pretender que...

Me interrumpió poniéndome la mano sobre la mía.

—No pretendo nada. No te impongo nada. Solo te digo que lo que tú y yo tuvimos, y que creo que seguimos teniendo, es lo que desea mucha gente. ¿No quieres volver a tener la vida de colores, como la teníamos antes? ¿Dejar de ser una foto en blanco y negro?

Le miré, buscando en sus ojos la veracidad de todo lo que me estaba diciendo. Se me acercó lentamente, acariciándome la mejilla y el pelo, y se detuvo a unos centímetros de mi rostro.

—Por favor, dame la oportunidad de recordarte lo que fuimos y lo que aún somos.

Me rendí, sabía que no iba a poder resistirme. Llevaba deseando tocarle desde el primer momento en el que le vi. Levanté mi mano y le acaricié a mi vez la mejilla. La barba era suave, excitante, y me dieron ganas de rozarme con ella. Mi cuerpo se encendió como una cerilla, violentamente, con todas las terminaciones nerviosas latiendo. Su mirada era oscura, hambrienta, conocida. Y fue ese breve reconocimiento, esa conexión con lo que fuimos, lo que me hizo lanzarme a besarle, con fuerza, con saliva, con gemidos, casi con ganas de hacerle daño. Él me envolvió con su cuerpo con dureza, apretándome como si no quisiera dejarme marchar nunca, mientras sus manos iban tirando de mi pelo e incrustándose contra su paquete. Se incorporó y me arrastró consigo, levantándose ágilmente mientras nos seguíamos besando como si la tormenta fuese a terminar con el mundo que existía fuera.

Fuimos al dormitorio sin dar tumbos, con nuestras bocas lamiéndose y mordiéndose con desesperación. Empezamos a quitarnos la ropa, sin despegar nuestros labios, pero de pronto noté que sonreía y se separaba un poco:

—Paremos un poco, Aura, que no quiero perderme los detalles por ir demasiado deprisa...

Me reí en voz baja y volví a sumergirme en su mirada. Ahora, que me lo había dicho todo, no había ninguna reserva en ella. Me miraba como siempre lo había hecho, como si tuviese ante sí a la máxima deidad de la belleza femenina, y eso me daba alas. Me hacía sentirme poderosa, me hacía sentirme sensual, y eso le encantaba. Sabía lo que esperaba de mí, al igual que él sabía lo que yo esperaba que hiciera.

Empecé yo, soltándome el cinturón ancho del pantalón, que liberado de esa presión empezó a deslizarse por mis caderas. Metí los dedos por los laterales del pantalón y mirándole a los ojos comencé a bajarlo, hasta que cayó alrededor de mis pies. Salí de ellos y me puse más cerca de él, abriendo las piernas provocativamente, como si posara para él. Notaba su mirada recorriéndome

con placer, inequívocamente le gustaba lo que estaba viendo. Ya no era aquella muchacha delgada como un palo, los años me habían dado unas redondeces en los lugares clave que parecían excitarle. Vi que quería acercarse para poder incrustar sus dedos en ellas, pero lo paré con la mirada. Todavía quedaba la parte de arriba.

Sin ningún pudor, como incendiada por esa llama que siempre ocurría entre Oliver y yo, me quité la camiseta y me acerqué a él ya en ropa interior. Él respiraba agitadamente, absolutamente inmóvil. Me toqué por encima de la ropa, me metí la mano por dentro del sujetador *balconette* y sus ojos podrían haber taladrado el tejido de encaje. Me eché la melena oscura hacia detrás y le metí los dedos de la mano derecha en la boca. Me los lamió y antes de dejar que yo hiciese nada, tiró de mí pegándome a su cuerpo duro y ansioso:

—No voy a poder con este juego hoy, Aura, te deseo demasiado.

—Entonces déjame verte ya.

Oh, pensé en cuanto empecé a ver lo que se ocultaba bajo sus ropas. Más delgado, más marcado, menos ostentoso, más deseable. Y tatuajes nuevos en sus costados. Ya no era ese niño metrosexual del que me mofaba con cariño: ya no se depilaba el pecho, por lo que algo de suave pelo se extendía por sus pectorales bien formados, y su cuerpo parecía más orientado a la salud que a lucir cachas. Se me secó la boca instantáneamente al verle, algo que no me ocurría desde hacía diez años. Y en ese momento intenté obviar el hecho de que nunca pude excitarme con un hombre como lo hacía con él.

Me fui acercando mientras se deshacía lentamente de los pantalones, y le acaricié la entrepierna por encima del bóxer. Tragó saliva ruidosamente y me cogió la cara casi con violencia. Nos miramos, momentáneamente serios, y nuestras bocas volvieron a regodearse en besos ansiosos, duros, muy nuestros. Sus manos desabrocharon mi sujetador y no pude evitar gemir al notar nuestros pechos juntos. Mis pezones estaban tremendamente excitados, y el rozarlos contra su pecho acolchado me estaba volviendo loca. El calor era brutal, y ya no tenía sentido seguir con ropa puesta. Nos la quitamos a la vez, con las bocas aún unidas, y caímos en la cama de rodillas, besándonos como si nunca pudiésemos saciarnos el uno del otro. Sus labios eran a la vez conocidos y desconocidos, dueños de los míos y súbditos de mi cuerpo. Él tenía las manos enterradas en mi pelo y yo no podía hacer otra cosa sino cogerle la cara entre las mías. Nunca había sentido una mezcla de deseo y amor tan grande, y eso era lo que me ordenaba disfrutar de lo sencillo primero, de lo que llenaba la vida cotidiana, de lo supuestamente normal: los besos, aquellos que llevábamos diez años sin saborear.

Su mano empezó a explorarme, primero el pecho, donde sus suspiros entrecortados me dijeron que las dos tallas que había subido en aquellos años eran perfectas, y luego su mano fue directa a mi clítoris, sin titubear, sin necesidad de instrucciones. Me tensé placenteramente, con mi cuerpo palpitando y ansioso como el de una quinceañera, y luego me unté la mano con saliva para cogerle su polla y corresponderle. Su boca descendió a mis pezones para matarme de placer, y cuando me retorcí para bajar a su entrepierna, hizo que le mirase:

—No tengo nada aquí...

Entendí al momento lo que me estaba diciendo, y sonreí juguetonamente:

—No tenías muchas perspectivas en Málaga, por lo que veo...

Me mordió los labios, mientras entre nuestros cuerpos no había ni un milímetro de separación, pero luego se puso serio:

—Siempre he tenido cuidado, y no suelo...

—Yo tampoco.

En ese momento todo me daba igual, y le creí. Quería tenerle dentro de mí, sin contemplaciones.

Me recosté hacia detrás, poniéndole las piernas sobre los hombros, como nos gustaba, y le azucé a penetrarme. Noté cómo se detenía un microsegundo, mirándome directamente a los ojos, y cuando vio lo que necesitaba ver me cogió las dos manos, entrelazó sus dedos con los míos y se colocó entre mis piernas. Su polla masajeó unos segundos mis labios turgentes y luego se deslizó hacia mi abertura, absolutamente mojada y caliente. Cerré los ojos al recibirle; siempre supe que Oliver era perfecto para mí, nunca hubo un hombre que me llenase y que me hiciera erizarme como lo hacía él. Escuché su gemido ronco al llegar hasta mi fondo, y eso me mató por dentro. Dios, era él, mi otra mitad, al que llevaba echando de menos sin saberlo desde la última vez que estuvimos juntos. Apreté mis manos con urgencia y abrí los ojos, mientras íbamos moviéndonos lentamente, perfectamente acompasados, explorando aquello que aun no siendo nuevo, nos maravillaba.

Todo parecía una sinfonía de variaciones del placer que no quería que terminase, pero sabía que estábamos demasiado necesitados para hacerlo durar mucho. Notaba cómo el orgasmo iba escalando en mi interior, implacable, al igual que lo que leía en la mirada de Oliver. Me mordí los labios tanto que me hice sangre, y cuando llegué emití un grito quedo, muy de dentro, irreconocible hasta para mí. Él se desplomó unos segundos sobre mí, temblando, y luego volvió a besarme con labios jugosos llenos de gratitud.

Una maravillosa calma inundó mis miembros y me estiré plácidamente mientras él se ponía a mi lado. Cerré los ojos, necesitaba unos segundos para recomponerme. Había conseguido lo que me había pedido: demostrarme que seguíamos siendo los de antes, y ahora en versión mejorada. Algo intensamente dulce me recorrió el pecho. Era imposible que no lo sintiese, ese hilo invisible que seguía existiendo entre nosotros era demasiado poderoso. Noté su mano caliente sobre mi vientre, grande y protectora, y puse la mía encima. Respiramos tranquilos, casi acompasados, porque no había nada que decir. Ya nos lo habíamos dicho todo.

En algún momento de la madrugada nos dormimos, exhaustos. Sabíamos que esa noche era nuestra y que debíamos aprovecharla hasta el máximo. La mañana nos traería la realidad y el tener que enfrentarnos a nuestros pecados.

Cuando me desperté, lo primero que noté fue el silencio. Ya no había viento ni lluvia aislándonos. Comenzaba la vida real. Y el silencio era más patente porque estaba sola. Oliver había dormido toda la noche pegado a mí, abrazándome como si no quisiera soltarme nunca, pero ahora no había rastro de él. Miré el despertador: marcaba las nueve y media. Y yo tenía mi viaje de vuelta a las cuatro.

Me senté en la cama y un ruido proveniente de la sala me hizo levantarme. Cogí una bata que estaba en los pies de la cama y me encaminé hacia los tintineos. Oliver estaba de espaldas a mí: se había duchado y llevaba un pantalón de deporte gris y una camiseta negra. De pronto me sentí cortada, como si estuviese viendo a un extraño, pero se dio la vuelta y con una sonrisa espléndida me dio la bienvenida. El corazón me saltó en el pecho y noté que me sonrojaba. Tiró de mí y me dio un beso de los nuestros, intenso, y luego me hizo sentarme ante la mesa, donde tenía servido un desayuno completo.

Comimos en silencio, solo observándonos de vez en cuando. Noté que él estaba perdiendo un poco la compostura ante mi falta de conversación, pero supo contenerse. Solo hasta que me terminé el yogur con cereales. Suspiró y se dirigió hacia mí, sin paños calientes:

—Quiero poder hacerte el desayuno todos los días, Aura.

Le miré, de repente angustiada. Obvió mis sensaciones y me dirigió una ojeada dura, de las del Oliver adulto.

—No me digas que tú no lo deseas también. Sabes que esto no tiene vuelta atrás. Tarde o temprano volveremos a estar juntos, porque no sabremos estar el uno sin el otro, ahora que nos

hemos encontrado.

Asentí, y eso le descolocó un poco. Supongo que no pensaría que iba a claudicar tan pronto.

—Tienes razón. Lo nuestro sigue estando, no me puedo engañar a mí misma. Pero las cosas no son tan fáciles, Oliver.

Estábamos uno al lado del otro, él apoyaba su cara en su mano y me prestaba toda la atención del mundo. Me concentré en sus ojos, más verdes que nunca y aun así no pasaban del color aceituna con chispas doradas.

—En estos diez años me he perdido, Oli. Necesito saber quién soy realmente y quién quiero ser para poder pensar siquiera en empezar algo juntos. Si no lo hago, nuestra relación no tendrá una base sana.

Suspiró con cierta contrariedad pero luego me apretó la mano:

—Suponía que me ibas a decir algo así. Me fastidia, porque me muero de ganas de despertarme junto a ti cada mañana, pero no me queda de otra que entenderlo.

Me masajeeé la cara con las manos, buscando las palabras adecuadas.

—Tengo que solucionar cosas, y lo voy a hacer a mi ritmo. El tiempo que me haga falta. Tranquila y sola, aunque me cueste.

—¿Me estás pidiendo que no tengamos contacto en todo ese tiempo? —me preguntó, sin disimular su desacuerdo. Le acaricié la mejilla tiernamente.

—Es lo mejor. Necesito aislarme de todo para entender qué es lo que quiero hacer con mi vida. Dónde quiero estar, cómo quiero estar, y haciendo qué. Y para hacerlo bien no puedo tener distracciones. Y tú eres una muy grande.

Estuvo un rato intentando hacerme cambiar de opinión, hasta que al final se rindió, o eso me pareció a mí.

—¿Y cómo voy a saber si...? —Le tapé la boca con la mano, sonriendo, y le dije que lo sabría. Que yo encontraría la manera.

—Joder, Aura, voy a estar comiéndome las uñas todo el rato. ¿Ni siquiera me vas a ir dando alguna avanzadilla?

Me reí. Parecía un niño pequeño pidiendo galletas. Luego me puse seria, no quería que me embaucase.

—Hay muchas cosas que tengo que solucionar. No quiero tener más presiones. Quiero que te quedes con que voy a dar el paso, que ya es mucho. No es fácil remover estructuras que han estado sólidas diez años. Entiende que necesite tiempo, esto no es de un día para otro.

Asintió, aunque sé que en el fondo me habría cogido en brazos y me habría llevado con él. Pero no cedió a sus impulsos, como hubiese hecho antes, y respetó mi decisión. Sin embargo eso no me salvó de tener que darle otra prueba de que volvíamos a ser nosotros, la cual se alargó en el tiempo varias horas y casi me hizo perder el taxi que me llevaría al aeropuerto y, consecuentemente, a lo que ya consideraba mi pasado.

TERCERA PARTE:

«LA LLUVIA»

Hablé con Cristo desde el aeropuerto, y me sorprendí de lo normal que resultó mi voz. Él tenía organizado ese fin de semana una caminata con acampada incluida con no sé qué colectivo con el que colaboraba, por lo que no le vería hasta el domingo. En cierta forma me sentí aliviada, porque no me apetecía nada llegar a casa y empezar con el conflicto. Cristo me conocía bien, y con un vistazo a mi cara habría sabido que algo pasaba.

A medida que nos íbamos acercando a la isla, mi desazón iba en aumento. Aunque tenía claro lo que sentía por Oliver, lo que más me inquietaba era el hecho de tener que enfrentarme a mí misma. De retarme, de hacerme preguntas dolorosas, de tener que cambiar, porque lo que sí sabía era que no podía seguir así. Que debía hacer de mi vida algo real, algo bonito, algo que disfrutar. No simplemente transitar por ella a medias tintas, sin apasionarme por nada.

Llegué a casa y deshice la maleta, ocupando mi mente en tareas mecánicas. Pero el ambiente de la casa era opresivo, me faltaba aire, y por primera vez en la vida no me apetecía estar allí. Cogí una mochila, puse algo de ropa, luego llené una nevera portátil con algo de comer y bajé al garaje para coger la furgoneta de Cristo. Estaba preparada para hacer noche en cualquier lado, y yo tenía claro dónde quería ir. Esa noche necesitaba aire, soledad, escucharme.

Conduje hasta Los Silos mientras las nubes hacían su aparición y oscurecían más la noche. Bajé hasta la piscina y luego me adentré en las pistas de tierra que llevaban a la costa salvaje, solo habitada por invernaderos y gaviotas. No era la primera vez que iba allí, aunque siempre había sido acompañada. De jovencita había estado en alguna fiesta clandestina en las calas pedregosas, y de adulta había ido con grupos de amigos a bañarme en los charcos. Esta vez, necesitaba ir sola.

Aparqué lo más cerca del mar que pude, y abrí el maletero de la furgoneta. Era noviembre, por lo que hacía un poco de frío, pero me había llevado bastante abrigo y también algo que beber para entrar en calor. El viento se estaba levantando para juntar las nubes, y me dio olor a humedad, esa que precede a la lluvia. Entonces recordé haber leído algo acerca de que la cola de la borrasca que me había retenido en Málaga iba a dejar inestabilidad en las islas. Sonreí. Parecía que esa semana lo mío eran las tormentas.

Me arrebujé en mi chaquetón y la manta que cubría mis piernas, y me apoyé en los almohadones. A lo lejos veía relámpagos en La Palma, que iluminaban tenuemente el cielo nocturno. No se escuchaba nada, y sentí cierto temor. Nunca había estado allí sola. Antes de empezar a pensar en las miles novelas negras que había leído y en los argumentos que podían encajar con “mujer sola en lugar apartado”, era mejor comenzar a centrarme en lo que me había llevado allí.

Mientras empezaba a escuchar lejanos ruidos de truenos, pensé en mi trabajo. ¿Era lo que quería seguir haciendo el resto de mi vida? Claramente no. Pero era un trabajo afín con mi mente estructurada y organizada, tenía trato con gente diferente, lo cual siempre me estimulaba, y hasta ahora no me suponía un esfuerzo descomunal. Simplemente había cogido la opción que más encajaba con mis aptitudes, e hice de él mi modus vivendi. Eso no era malo, me dije a mí misma.

Lo malo era que con el tiempo que me sobraba del trabajo, no hiciese nada para vibrar. Solo había tenido el grupo, y hacía tiempo que no nos juntábamos. Ni siquiera el cantar me hacía apasionarme. Ni mi trabajo, ni mis hobbies...

¿Entonces qué quería? Esa era la pregunta capciosa, a la que por ahora no tenía respuesta. Tenía casi cuarenta años, todavía tenía mucho camino por delante, y estaba en mi mano hacer que contase. Que lo disfrutase, que lo viviese al máximo. Cerré los ojos, agobiada. Estaba claro que quería cambiar, que la sacudida que me había dado el volver a ver a Oliver no iba a dejar que volviese a lo mismo, que aquello me retaba a ser una persona diferente, más atenta a lo que la hace feliz. No seguir sobreviviendo en un ambiente controlado y cómodo. Tenía que salir de la zona de confort, apostar por lo que realmente me apasionase.

Tracé un plan, igual que cuando analizaba a mis clientes y les proponía soluciones. Necesitaba tiempo y estímulos para saber qué quería hacer. Tenía todo el *know how* de los años que llevaba trabajando, y quizá aplicarlo a otro sector, a otros problemas más importantes y más humanos, fuera la solución. Decidí pedir todas las vacaciones que me debían e irme fuera para poder tener el tiempo que necesitaba. Italia, pensé. Siempre había querido ir, y esta era mi oportunidad.

Paulatinamente empezó a llover, mientras yo desentrañaba mis sentimientos. Algo había pasado en mi mente, como si lo que se llevaba gestando mucho tiempo hubiese decidido al fin subir un escalón y dejar atrás lo anterior. Y ahí había muchas cosas, incluidas Cristo. Me masajee la cara, como queriendo mitigar el malestar que me entraba al pensar en él. Nunca le había sido infiel, ni siquiera con el jefe de mi empresa que vino de la sede de Londres y estuvo más que interesado en mí. No, siempre había sido leal, valoraba mucho lo que aportaba a mi vida, ese cariño incondicional, la tranquilidad, el saber que todo estaba bajo control. Ahora todo había cambiado y no deseaba eso, quería retos, quería emociones, quería... Al hombre del que siempre había estado enamorada. No te mientas, Aura, me dije. No camufles las cosas. Si permitía a Oliver entrar de nuevo en mi vida, iba a ser siempre el ganador. Ni antes ni después de él me había enamorado así de nadie. Era así de simple.

Y además, me gustaba mucho en lo que se había convertido. Eso me daba esperanza. Parecía haber mitigado muchas de las cosas que le hacían ser impaciente, egocéntrico, impulsivo; la vida le había moldeado. Por eso sabía que podía creer en él, que me iba a esperar.

La conversación con Cristo no podía retrasarla mucho, para mí era absolutamente imposible hacer teatro con él. Le iba a ser sincera, quizá no con todos los detalles, pero lo que estaba claro era que me iría de casa al día siguiente. La situación ya no tenía vuelta atrás. Si no hubiese pasado lo de Oliver quizá hubiésemos aguantado un tiempo más, pero en el fondo creo que los dos sabíamos que nuestra relación tenía fecha de caducidad. Aunque como cobardes que éramos, era más fácil seguir en nuestra amable sintonía que romper con todas las rutinas que hacían de la vida previsible y fácil.

Empezó a llover con fuerza, aunque los truenos ya no se escuchaban. Era una lluvia recta, limpia, de las que empapan pero no destrozan. Me dieron ganas de tocarla, de saborearla, pero la costumbre me hizo recular, no plantearme siquiera el salir fuera. Pero súbitamente entendí que ese debía ser un primer paso: hacer lo que me apeteciera, sin importar las conveniencias, el qué dirán, aunque fuera el del interior de mi cabeza. Cogí aire y me quité la ropa lentamente, casi con miedo, con el vello erizado por el viento que soplaba y la barrera interna que tenía que sortear. Curiosamente cuando salí afuera, algo encorvada, con un inmenso pudor aunque no hubiese nadie a kilómetros a la redonda, sentí calor, un calor interno que relajó todos mis miembros. La lluvia cayó sobre mí como un manto cálido, amigable y gentil, y elevé el rostro hacia el cielo. Solo oía el tip-tip-tip de las gotas alrededor de mí, como un baile hipnótico, una melodía envolvente.

Instintivamente subí las manos hacia arriba, como queriendo tocar cada una de las gotas, y mi cuerpo comenzó a mecerse con suavidad, como si de una primitiva danza se tratase. Sonreí y de pronto recordé aquella maravillosa escena de Eduardo Manostijeras, donde Kim, ya de anciana, dice la frase “a veces aún bailo bajo la nieve”. Yo también bailaba, pero bajo una lluvia que era un símbolo de lo que estaba por venir. De depuración, limpieza, comenzar de nuevo. Y, en ese momento, supe que algo había cambiado irreversiblemente en mí.

Al cabo de una semana de mi baño de lluvia, había sido capaz de poner en marcha todo lo que me había propuesto. A veces sentía que no me conocía, pero la mayoría de las veces sabía que había vuelto a conectar con la mujer que había sido en el pasado, la que tenía ganas y energía para enfrentarse a cualquier cosa. Incluso al tremendo trago de hablar con Cristo. Aquello era lo único que me había hecho bajarme de mi determinación férrea, y a punto estuve de claudicar al verle tan tristemente incrédulo. Ni siquiera enfadado. Hubiera sido más fácil enfrentarme a la ira, a la ironía, a cualquier cosa que no fuese esa mirada de animal apaleado que me era imposible olvidar. Sentí que le había defraudado como nadie lo había hecho nunca, y no tenía defensa alguna. Intentó convencerme, apelando a que Oliver me había hecho muchísimo daño y que si ahora estaba en equilibrio, era porque me había alejado de él. Me recordó todo lo bueno que teníamos entre nosotros, casi sollozando, mientras yo me sentía la peor persona del mundo. Habían sido seis años de relación, ocho de amistad, y podía agradecerle miles de cosas, entre ellas el volver a construir una vida desde los escombros que dejó mi relación con Oliver. Me era imposible imaginar lo horrible que debía ser el que el motivo de nuestra ruptura fuera el mismo que en su momento nos unió, pero en sentido inverso.

Tragué saliva mientras cerraba la maleta. Había hecho lo que era justo, no hubiese sido capaz de seguir adelante así. No después de todo lo que había pasado. Me había ido enseguida de casa, no tenía sentido prolongar la agonía. Curiosamente no tenía demasiadas cosas que llevarme, lo cual facilitó el proceso. El piso que tenía mi familia en Santa Cruz para alquileres vacacionales estaba milagrosamente libre, y me instalé ahí temporalmente mientras solucionaba las cosas en el trabajo. Tuve que contarle por encima lo que pasaba a mi hermano Ernes, que era el que gestionaba las propiedades, pidiéndole que por favor no dijese nada al resto de la familia. Me miró con sus ojos color chocolate llenos de dudas, pero al final asintió. Entre nosotros siempre nos habíamos cubierto, y por eso teníamos una relación muy especial, que el resto de hermanos en el fondo envidiaba un poco. Le di un sonoro beso y le prometí que le contaría en cuanto pudiese.

A mi jefe no le hizo mucha gracia que me cogiese todos los días que me debía juntos, pero tampoco podía negarse. Yo tenía mis proyectos perfectamente atados y no dejaba ningún fleco suelto. A regañadientes me firmó la solicitud de vacaciones y con eso en la mano me fui directamente a la agencia de mi amiga María, con la que siempre cogía todos mis viajes sin pasar por las plataformas online.

Ese día, tomándome una liberadora cerveza en una terraza céntrica, fue cuando me di cuenta de que Oliver no había podido mantener su mutismo. Tenía una notificación de correo electrónico de hacía un par de días, pero por mucho que buscaba, no lograba encontrar ese correo sin leer. Como casi todo el mundo tenía varias direcciones de correo, pero en ninguna de ellas encontraba el sobre sin abrir. Ahí estaba, en la parte superior de la pantalla como un irritante recordatorio. Intenté convencerme de que sería algo de publicidad, pero me molestaba no poder quitarme aquel icono de mi pantalla de inicio. Volví a revisar los dos correos que manejaba, y nada, allí no había ningún correo sin leer. Entré en mis apps, por si veía alguna pista, y de pronto lo recordé. Yo tenía una dirección de Hotmail que había dejado de usar desde hacía unos cuantos años, y la tenía vinculada a alguna de las cuentas actuales. ¿Estaría allí?

En un par de segundos localicé la cuenta, llena de publicidad absurda, pero en la que brillaban como gemas tres sobrecitos sin leer. Y el remitente era Oliver Arzuaga. Con el corazón palpitándome a mil por hora, miré las fechas. Había comenzado a escribirme el domingo de la semana anterior, y aquella semana me había enviado los otros dos mails. Sentí un cosquilleo en los dedos y tuve que contenerme para no abrirlos. No, me dije. Todavía no. No necesitaba saber lo que había allí. Tenía que ser en el momento oportuno.

Y con esos mails sin leer, que paulatinamente fueron incrementándose en aquella cuenta sin vida desde hacía años, me fui a Roma, dispuesta a disfrutar de mi tiempo en soledad elegida. Un frío agradable me recibió en la ciudad eterna, llena de aromas, arte y vida callejera. Me instalé en mi apartamento en el Trastevere, y enseguida salí a dejarme llevar por el pulso de la gente, de las callejuelas sembradas de luces y las terrazas llenas de gente riendo. Era la primera vez que viajaba sola, y me sentí muy libre, más de lo que me había sentido nunca antes. Deseaba ser solo yo, y no la que se amoldaba a planes trazados por otros.

Esa libertad me hizo descubrir lugares menos turísticos pero con un encanto diferente, pequeñas *trattorias* donde solo veía que entraba gente local, placeres como el concederme pararme media hora ante una columnata e intentar recordar las diferencias entre el estilo dórico, jónico y corintio, entrar en pequeñas iglesias donde las madonas romanas aún rezaban a sus santos, deambular sin rumbo alguno y sin mapas de ningún tipo, y no sacarme fotos, no tener que demostrar al mundo que tenía una vida fabulosa y noticiable. ¿Para qué quería *likes* en mis redes? ¿Para sentir que mi vida gustaba a mis seguidores? Lo importante era que mi vida me gustase a mí, a nadie más.

Paseé relajadamente por los lugares turísticos, sin la presión de hacer colas kilométricas porque realmente sentía que no valía la pena perder el tiempo en ellas. Y eso me llevó a disfrutar de experiencias como visitar el Coliseo bajo la lluvia, sin apenas turistas, solo unos cuantos locos como yo a los que no les importaba mojarse. Qué más daba, si luego había mil cafeterías preciosas donde calentarte bajo las estufas de terraza y tomarte un café humeante.

Poco a poco fui redescubriendo pequeñas cosas sobre mí, que quizá en otro contexto hubiesen sido insignificantes, pero para alguien como yo, que estaba encontrándose a sí misma, eran inmensamente valiosas. Como el volver a beber vino rosado después de tantos años, cuando siempre fue mi favorito; el comer sin estar permanentemente pendiente de la procedencia de las materias primas o de su nivel de procesamiento industrial; el hablar con gente desconocida y acabar siendo el centro de las risas y la conversación de una forma natural y sin que nadie se sintiese empequeñecido; el comprar cosas sin funcionalidad alguna solo porque me parecían bonitas; ceder a mi fascinación por las libretas y papelería en general aunque luego no los llenase de pensamientos elevados; el estar tirada una tarde en la cama sin tener que levantarme a hacer algo útil, sino disfrutar de esa placidez sin remordimiento alguno; dejar atrás la plancha del pelo y dejar de domar mis ondas para volver a sentirlas sueltas y libres en mi espalda... Poco a poco recordé las cosas que realmente me gustaba hacer, y con tristeza me pregunté por qué había dejado de hacerlas.

Estuve pensando mucho acerca de eso una tarde, arrebujaada en una minúscula cafetería donde los asientos eran como butacas de la abuela y servían los mejores cappuccinos que había probado en mi vida. Me dije que hubiese sido totalmente injusto hacia Cristo cargarle la responsabilidad de nada de aquello. Si de algo adolecía, era de ser manipulador. Él era como era, y había sido yo la que había saltado al carro de su forma de vida y sus aficiones. Quizá porque necesitase estructuras ya creadas tras estar tiempo a la deriva, sin anclajes y sin fuerzas para crearme los míos. Y nada de aquello habría sido grave en otras circunstancias. En general todos adoptamos algo de la forma de vida de nuestras parejas, supongo que es algo natural. Probamos las cosas que

le gustan a nuestra pareja, y si nos convencen, se convierten en una cosa más que disfrutar entre los dos. Pero siempre sin perdernos a nosotros mismos, sin dejar de lado lo que nos gusta, lo que nos apasiona, lo que nos da chispa. Por eso, de ahí a que yo minimizase casi hasta la extinción mi otrora ávida y energética visión de la vida, iba un buen trecho. Todo por no querer hacer nada que me recordase a mi gran historia, al hombre de mi vida. Me puse en una tesitura de blanco o negro, quizá por ese instinto primitivo llamado supervivencia, huyendo instintivamente de todo lo que pudiese oler a montaña rusa emocional. Y por eso transigí conmigo misma en llevar una existencia más tranquila, con menos exigencias, más segura y controlada, sin miedos, a la cual fue fácil habituarse y no plantar cara. ¿Para qué? La vida fluía agradablemente, con una persona estupenda en casa, con nuestras aficiones dando contenido a los fines de semana, con amigos y familia que no solían meterse a profundizar cómo estaba. Bueno, menos mis hermanas. Sentí una punzada de añoranza y también de cierto temor, porque sabía que me iban a matar en cuanto les contase toda la historia.

En algún momento me pasé al *pinot grigio* y supe que tenía que ser brutalmente sincera conmigo misma, era el mejor ejercicio que podía hacer para avanzar. Acepté la dolorosa realidad de que en el fondo no sabía cómo había durado tanto con Cristo, ni en mi trabajo, ni en muchas cosas de mi alrededor. En cuanto a Cristo, siempre hubo algo de él que me molestó. No sé si era esa complacencia, esa tranquilidad, esa falta de chispa y de estar a la sombra cuando estábamos con amigos, o su incomodidad ante las pocas veces que yo dejaba asomar a quien verdaderamente era. Él solo se apasionaba con sus causas nobles, con los grupos ecologistas a los que pertenecía, los talleres de comidas “limpias”, las sentadas contra los cazadores y los comandos de limpieza de montes, a los que me unía yo también. Nada fuera de ahí era capaz de llamar su atención, a excepción de la música, que fue la única cosa a la que lo atraje yo.

¿Pero todo eso justificaba el haberme dejado de lado a mí misma? Supongo que no. Sonreí con tristeza. Había sido mi elección cobarde. Y así me había perdido diez años de mi vida viviendo a medio gas. O quizá no debía hablar de perder el tiempo. En realidad ahora era quien era por haber experimentado todo aquello.

Entendí que debía mirar hacia delante, no hacia atrás. Que no debía juzgar el pasado, porque en ese momento lo que hice lo consideré correcto. Que ahora lo que tenía que hacer era intentar ser feliz. Y como leí una vez en un maravilloso libro, la felicidad se basa en tomar decisiones. La felicidad no llega como una nube dorada y se posa sobre nuestros hombros para siempre, no. Hay que trabajar y sufrir para conseguirla, cultivarla y mimarla para que no nos abandone. Yo estaba empezando a tomar decisiones, el tiempo me diría si me traerían la felicidad.

Esa noche mis pies me llevaron a un pequeño karaoke que ya había visto la noche anterior. Me subí al escenario sin pensármelo demasiado mientras el público, compuesto por italianos pero también por algunos turistas despistados, empezó a jalearme. Elegí *You oughta know*, de Alanis Morissette, y me dejé la piel y la voz en mi actuación. Recibí una gran ovación cuando me bajé del escenario —al igual que varios chupitos de *grappa* invitados por la casa—, y una voz en mi cabeza me dijo que aquello sí era apasionarse, ser yo misma de verdad.

Me comí una porción de pizza camino al apartamento, saboreando con todos mis sentidos la intensidad del queso con el tomate y la albahaca. Nadie me miraba, yo solo tenía que disfrutar de mi momento mientras paseaba por las callejuelas sin prisa alguna. Y eso me llenó de vibrante felicidad. Esa tecla que ya Oliver había tocado en las horas que compartimos en Málaga, volvió a sonar en mí como no lo hacía desde años atrás. Me reí en voz alta de puro placer: volvía a sentir, volvía a dejarme llenar de cosas que me hacían disfrutar y sentirme yo misma. Había abierto las puertas y ahora ya no las podría cerrar, lo sabía. Reprimí una carcajada: aquel era un

momento digno de cantar “Suéltalo”, de *Frozen*, película y canción que me sabía de memoria por mis sobrinas Adri y Eli. Solo me faltaba soltarme el pelo y empezar a caminar como una vedette por medio de las terrazas. Me reí por lo bajo y terminé de tragar el último trozo de pizza.

Seguí caminando y fui incapaz de resistirme a un humeante gofre con chocolate caliente por encima. Me lo comí sentada en un banco mientras el frío empezaba a hacerse más intenso a mi alrededor, y decidí que era momento de volver al apartamento. Me quedaba un día en Roma, y todavía necesitaba hacer lo que llevaba postergando demasiado.

Había intentado borrar de mi mente la lista de mails que me esperaban en mi buzón oculto, tratando de aislar me del factor Oliver para poder ser lo más objetiva posible en mi análisis interno. Habían sido muchas las veces que mis dedos con vida propia empezaron a tocar la pantalla para llegar al buzón, pero siempre fui capaz de parar. Estaba claro que mi relación con Oliver, o más bien nuestra ruptura, había sido el comienzo de todo, pero de cómo llevé ese tiempo en medio la responsable era solamente yo. Y era conmigo misma con la que tenía que despachar, no con nadie más.

Ahora que me sentía más liberada, más fuerte y con mayor claridad acerca de lo que quería en el futuro, podía regalarme el leer lo que fuera que me hubiese escrito Oliver. En ningún momento había pensado que pudiese ser malo, siempre supuse que serían palabras de esperanza, pero mientras iba duchándome y poniéndome el pijama, empecé a ponerme un poco nerviosa. ¿Y si se había dado cuenta de que aquello había sido un espejismo? ¿Un *revival* divertido sin más implicaciones?

Me senté en la butaca que estaba al lado de la ventana, al otro lado de las luces titilantes de la ciudad, mientras escuchaba al violinista que tocaba en la terraza de abajo. Con cierto temblor de manos pulsé sobre el primer mail, el que me había enviado al par de días de volver de Málaga.

No sabía cómo empezar este mail, si llamarte amor mío como lo hacía antes, o si buscar algún otro apelativo cariñoso, de esos que todavía tengo en el fondo de mi memoria. Pero después de las horas que pasamos juntos en Málaga, hay una palabra que ya es tuya, y te guste o no, será mi forma de llamarte a partir de ahora.

Sabes que no soy de los más románticos y que todo lo cursi me da urticaria, pero también sabes que no me callo mis sentimientos y que siempre he tenido facilidad de palabra. Por eso para mí es absolutamente imposible dejarte ir y estar a la espera de que me des una señal. Como ves, la impaciencia la he trabajado pero aún sigue siendo parte de mí. Así que me acordé de este correo, que era el que usábamos cuando nos conocimos, y que espero que sigas teniendo en algún lado, porque si no, todo lo que te voy a escribir caerá en saco roto.

Sigo bajo el influjo de nuestro *impasse* de Málaga, y no puedo sino pensar en que debería irme a tu isla y raptarte para que nunca volvamos a estar separados. Me volviste a dar hondo, Aura, como la primera vez. Cuando te vi en esa cola para hacer el check in, sentí eso que siempre me has hecho sentir: que el mundo se para, se enciende un foco y aparece la estrella del show, esa de la que no puedes quitar la vista aunque quisieras. Por eso y porque las estrellas son esos puntos de referencia para los navegantes antiguos (y seguro que los de hoy también las miran, por mucho que digan que no), en mi mente eres mi estrella, porque quiero que a partir de ahora vuelvas a ser mi guía y me dejes ser parte de tu show.

Dios, acabo de leer lo anterior y prefiero no volverlo a hacer porque si no lo voy a borrar. Voy a dar a enviar y así evito la tentación.

Me reí: ese edulcoramiento no era propio del Oliver que conocía, pero debía reconocer que había hecho que mi corazón palpitase más deprisa y un calorcito de lo más agradable subiese por todos mis miembros.

Esa noche leí y leí, porque en todos aquellos días le había dado tiempo de escribirme muchos mails. En algunos me contaba cómo iba su proyecto con todo lujo de detalles que me encantó leer porque era una muestra de su confianza absoluta hacia mí, en otros simplemente cosas que le pasaban, como que tenía un vecino muy pelmazo que todas las mañanas le ponía a Pavarotti a toda mecha, o que solía dar un buen paseo todas las tardes por el paseo de la playa, a veces con baño incluido, porque yo le había contagiado el amor al mar.

A veces era un mail de una frase, de algo que le había llamado la atención y que quería compartir conmigo, como que se había comprado un afilador de cuchillos maravilloso y que ahora disfrutaba cortando cosas solo por el placer de cortarlas. Me lo imaginé en su cocina cortando perejil o cilantro sobre una tabla, porque recordaba que era un fanático de aquellas dos hierbas y se lo echaba a todo, aunque no pegase ni con cola.

Hoy he estado almorzando con mi madre. No sé si te conté que vive no muy lejos de aquí, pero tiene una vida social bastante activa. Verla así me encanta, pero parece otra persona. Hasta el tono de su voz ha cambiado, tiene más fuerza. Ya no tiene que hablar bajo para no molestar a mi padre. Ahora tengo que volver a conocer a esa nueva persona. Igual que a ti, estrella. Me muero de ganas de volver a descubrirte.

Hoy ha sido de esos días en los que me pregunto si he hecho bien en emprender todo esto. Parece que hay más barreras que facilidades, y es agotador luchar contra todos los organismos oficiales. Lo que quiero hacer es bueno, ¿por qué en vez de ayudar ponen palos a las ruedas?

Estoy comiendo en un lugar asombroso, te envío foto adjunta. Cómo me gustaría que estuvieses aquí, estrella. Aunque al final te comas todo mi postre y acabes con los dientes negros del arroz con calamares.

A veces me reía, a veces me lograba emocionar. Y al final, cuando me harté de releer sus mails, tuve la certeza de que estaba ahí, y de que siempre estaría ahí por mí. Con sus palabras me había transportado a ese mundo que solo existía entre él y yo, ese mundo mágico que seguía intacto después de tantos años. Y después de leerle, supe que incluso había mejorado, porque con sus mails Oliver me había descubierto cosas de él que antes no existían, o a las que no había puesto voz. La edad le había hecho ser más franco, no tener vergüenza de admitir debilidades, y ver la vida con ojos más experimentados, quizá con más humor.

Esta vida es la que tenemos Aura, no hay otra después. Esto no es ningún ensayo. Y yo quiero hacer que sea lo más feliz posible. Si tú no estás, no podrá ser así. Será de otra manera, pero siempre incompleta. Quiero dedicarme a vivir, con todo lo que conlleva, pero contigo a mi lado. ¿Quieres?

Aquel último correo era de ayer, hoy no me había enviado ninguno. Me quedé pensativa en el sillón, mientras el apartamento estaba cada vez más frío. Me levanté para cerrar el ventanuco a través del cual escuchaba la música de la calle, y subí la calefacción. Mecánicamente me hice un té verde con hierbabuena, y me lo tomé paseando por la estancia.

Era el momento de hacer caso a lo que me pedía el cuerpo. Y a mí lo que me pedía era empezar algo nuevo fuera de mi hábitat. Había tardado diez años en llegar a ese punto, pero ahora lo tenía claro. Si quería ser feliz, tenía que darme una oportunidad de verdad con Oliver. Apostar al doble o nada, sin miedo, sin plan B. Se habían acabado los paracaídas y las redes de seguridad. Teníamos que ser los dos juntos, mirando al futuro, pero siendo dos personas individuales. En base a eso, tenía que crear una vida que fuese la que realmente estaba hecha para mí. Trabajar en algo que me llenase, aunque cobrase menos. Hacer las cosas que me gustasen de verdad, aunque no las compartiese con quien estuviese a mi lado. Amar, llorar, reír, bailar, cantar, discutir, estar en silencio, todo lo que forma parte de la vida, pero sintiéndola de verdad.

El último día en Roma lo pasé haciendo gestiones por la mañana, y a partir de la hora de comer decidí sacar el máximo partido del tiempo que me quedaba. Me comí un enorme plato de pasta al pesto con langostinos, regado con un vino blanco joven, y luego por la calle me tomé un helado de pistacho, que aunque hacía bastante frío, estaba riquísimo. Decidí hacer una última visita a los lugares que más me habían gustado, caminando sin prisa, pero al llegar a la Piazza Navona noté que me vibraba el móvil. Uf, me dije cuando vi que era una vídeo llamada de mi hermana Emi. Miré la hora: en Canarias eran las cinco de la tarde, y sabía que ese día Emi y Cassandra, mi otra hermana, quedaban con sus hijas al salir del cole. El mismo cole donde trabajaba Cristo.

Cuando me vieron en la pantalla con la fuente de Bernini detrás, escuché grititos consternados por parte de Emi y sonrisas traviesas de Cas. Habían visto a Cristo al salir de clase, y al verle tan raro le sonsacaron que me había ido de casa. Entonces llamaron a Ernes para preguntarle si sabía algo, y aunque mi hermano suele ser una tumba para cualquier secreto, las fuerzas combinadas de Emi y Cas no son para subestimarlas. Suspiré y entendí que tenía que contarles todo. Me metí en una cafetería de los alrededores y aunque intenté resumir, al final acabé contándoles la historia con pelos y señales. No sabía cuál sería su reacción, así que el verlas sonreír me tranquilizó.

—Ya era hora de que te sacudieses un poco. Te estabas convirtiendo en una aburrída. ¡Y con lo chispeante que eras tú! —exclamó Cas, siempre tan elocuente.

—Hombre, me da un poco de pena de Cristo —dijo Emi, haciendo una mueca—. El pobre no se lo habría visto venir.

—Porque tampoco le interesaba ver mucho más allá de lo que había, estaba absolutamente acomodado —repuso Cas. Yo sabía que Cristo nunca había sido santo de su devoción, siempre me decía cosas como que ése no era el hombre de mi vida, que era un parche para no sufrir, y que algún día me daría cuenta. Me encogí de hombros y les dije que la culpa era mía, y de nadie más.

—Bueno, en cierta forma es comprensible lo que hiciste —indicó Emi con la empatía que la caracterizaba—. Oliver te dejó hecha añicos, hermana, y tú intentaste sobrevivir.

—¿Y estás segura de que lo de Oliver ahora va a ser diferente?

Sabía que Cas había sido la fan número uno de Oli, pero cuando pasó todo tuvo varias palabras con él que no les dejó en muy buenos términos. Era normal que desconfiase, sería la reacción normal de cualquiera.

—Creo que Oliver es mi persona. Aun después de diez años, la conexión existe y sigue siendo igual de fuerte. Lo de Málaga fue... electrizante, inolvidable, implacable. Y ahora no voy a darle vueltas a todas las dudas que pueda tener, voy a vivirlo. Si sale mal, volveré a recomponerme. Y si sale bien... será para siempre.

Con esas palabras reverberando en mi mente, al día siguiente cogí los aviones que necesitaba tomar para el nuevo itinerario que me había marcado. Ya no era volver a la isla, era ir a casa, a mi nueva casa.

Llegué al pueblo donde Oliver había fijado su base de operaciones por la tarde, cuando el sol

empezaba a ponerse sobre el Mediterráneo. No tuve dificultades en llegar al lugar donde estaba su empresa, el proyecto Olivia, en un local diáfano casi a pie de playa. Me dijeron que no estaba, que había salido a reunirse con no sé quién, pero que volvería en media hora. Les pedí que le dijese que le esperaba en la playa, había visto un pequeño malecón que me moría de ganas por conocer. La chica de recepción intentó convencerme para que me quedase allí esperándole, según ella en breve comenzaría a llover. Le sonreí: la lluvia no me iba a impedir tener mi primer contacto con mi nuevo hogar. Consiguió que dejara allí mi trolley y salí a la calle, donde el aire había refrescado.

Fui caminando por el paseo de la playa hasta el desvencijado malecón. Se notaba que iba mucha gente allí, las piedras estaban pulidas por los pasos, y los bancos que me iba encontrando tenían letras talladas y algunos candados colgando. Las maderas que actuaban de barandilla estaban descascarilladas, pero también suaves al tacto por todas las manos que las habían acariciado. Caminé lentamente, absorbiendo la belleza del lugar, y cuando llegué al final, me dio la sorprendente sensación de que flotaba sobre el agua. El mar se extendía ante mí plácido y lento, como una masa en constante y parsimonioso movimiento, pero no muy lejos de la costa se veía una cortina de agua densa, que era la que estaba humedeciendo el aire y haciendo que poco a poco el ambiente se fuera cargando.

Me senté en el banco que estaba casi al borde del final del malecón, e intenté serenarme llenándome los pulmones de aire marino. El observar el desplazamiento de la lluvia hacia mí, junto con las respiraciones profundas de aire salado, estaban teniendo un efecto casi hipnótico, pero no quería cerrar los ojos porque el espectáculo del ennegrecimiento de las nubes era demasiado interesante. La banda sonora del lugar era como un bálsamo, con el devenir del mar, los gritos de las gaviotas y los esporádicos chapoteos de los peces alrededor del malecón.

Y, de repente, unas pisadas que se escucharon a lo lejos.

El corazón comenzó a latirme a mil por hora, deseando que fuese él y no cualquier otro en su paseo vespertino. En ese momento escuché un trueno lejano, y también la cercanía de alguien que se sentaba a mi lado. No me hizo falta mirar, mi cuerpo le identificó con todas las terminaciones nerviosas de mi piel, que restallaron violentamente y erizaron todo mi vello corporal.

—Parece que viene una tormenta.

Su voz era serena pero cauta. Notaba su expectación con todos los poros de mi piel, pero no le miré. Solo dejé que el amor, el deseo y la confianza fluyeran por todas las células de mi cuerpo, preparándome para él.

—Parece que lo nuestro son las tormentas.

Su mano se movió y cubrió la mía, entrelazando nuestros dedos. Supe que estaba nervioso cuando escuché su voz algo entrecortada:

—¿Nos resguardamos juntos?

Me estremecí y sentí que mi corazón se abría de nuevo a todo. Le miré, y fue como si le viera por primera vez, como si hubiera borrado todas nuestras otras veces. Nuestras miradas se engancharon, ávidas, esperanzadas, vivas, y sonreímos como si tuviésemos quince años.

—Me encantaría.

Me levantó, tirando de mi brazo y besando mi mano, y me abrazó como si no quisiese soltarme nunca, estrechándome contra su cuerpo con emoción incontinida. Su boca, hundida en mi pelo, me musitaba cosas que nunca creí escuchar de él, y mis ojos se habrían inundado si no hubiese sido porque de pronto empezaron a caer unas gotas grandes, de tormenta. Nos miramos, riéndonos con esa compenetración que nunca habíamos perdido, y cogidos de la mano comenzamos a caminar hacia el paseo. El agua nos empapó de arriba abajo, mi pelo era una maraña por el viento, pero

nos dio igual. Ya nunca las tormentas volverían a ser iguales, porque para nosotros en vez de destruir y arrasar, nos habían hecho ver nuestra vida con ojos nuevos, con ojos limpios.

—¿Quieres...? —vi duda en sus ojos, y me enterneció ver cómo no quería meter la pata con nada. Nunca había visto a Oliver tan a tientas, tan cuidadoso. Y mi corazón palpité aún más de prisa.

—Tú eres mi hogar, Oliver. Da igual donde vayamos, mientras lo hagamos juntos.

Y mientras me besaba con esa boca que siempre fue mía, sentí que por fin había vuelto a casa, y que después de mucho tiempo, tenía ganas de vivir mi vida. La mía, la de verdad, y la que, a partir de ahora, volvía a ser una foto en colores brillantes.

AGRADECIMIENTOS

Este relato lo escribí entre diciembre del 2019 y enero del 2020, en esos momentos robados al sueño que son los que la vorágine diaria me deja para poder plasmar todo aquello que voy apuntando durante el día en mi cuaderno turquesa. Tenía el esqueleto de este relato en mi cabeza, con la idea de hacer encontrarse a dos personas con una potente historia de amor en el pasado, en un lugar controlado, como si fuese el escenario de un teatro. Lo más realista era que ocurriese en un hotel, y allí hacerles interactuar. Como siempre, les puse en ese hotel malagueño y ellos decidieron lo que ocurriría, yo solo tuve que relatarlo.

Al igual que la novela, que es de formato corto, esta vez los agradecimientos también serán más breves, pero no por ello menos sentidos ni menos honestos.

A mis lectoras cero —Sofía, Yurena y Alba—, por ser siempre tan sinceras, tan inspiradoras y por tener siempre las palabras perfectas para hacerme mejorar.

A mi hermana Sofía, por hacer que me enamorase de Málaga una y otra vez.

A mis Abriles, nunca serán olvidados/as.

Y sobre todo a mi marido. Ha sido mi gran apoyo en estos meses complicados, donde como Aura he tenido que reubicarme mentalmente. Sin él, sin sus reflexiones, nuestras charlas, su presencia siempre leal y sólida, no habría sido igual. Gracias por estar y, sobre todo, por ser.

Finalmente, a todos los que han leído este relato. Me encantaría imaginar que os habéis emocionado tanto como yo cuando lo escribí, y sobre todo que hayáis pasado un rato de evasión, de entretenimiento y disfrute, que es de lo que se trata con la lectura. Gracias por haber confiado en mí, y nos vemos en breve.

Helen Rytönen

IG: @helenrytonen_escritora

SOBRE LA AUTORA

Helen Rytönen (Santa Cruz de Tenerife, 1979) todavía no había empezado el colegio cuando aprendió a leer. Ahí comenzó su gran pasión, y desde ese entonces empezó a devorar cualquier cosa que cayese en sus manos: desde cómics y cuentos infantiles hasta novelas de adultos que cogía a escondidas de sus padres. El mundo de las letras la atrapó hasta el punto de empezar también a crear sus historias de adolescente y posteriormente de adulta. No se decidió a publicarlas hasta el momento en que su vida, con dos niños pequeños y un trabajo retador en una multinacional, le requirió un proyecto personal con el que reencontrarse a sí misma. Los frutos de esa inspiración son su primera novela autopublicada, *Desde el rompeolas*, la novela corta *Lo que nos dijo la tormenta*, y ya está sumergida en otros proyectos.

Helen vive en Tenerife con su familia, procura bañarse en el mar durante todo el año y adora la gastronomía y un buen vino blanco.